

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



DIRECCION Y ADMINISTRACION

27. CALLE DE SERRANO. 27

TELEFONO NUM. 2.207

MADRID

TOMO XIV

NUMERO II

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO XIV

AGOSTO 1912

NÚMERO II

JUNTA DE REDACCIÓN

PRESIDENTE: Segismundo Moret y Prendergast.

J. J. Alvarez Quintero, Rafael Andrade, Manuel Antón, Gumersindo de Azcárate, Aureliano de Beruete, Adolfo Bonilla y San Martín, Infanta Paz de Borbón, Tomás Bretón, Julio Burell, José Canalejas, Conde de Casa-Segovia, Condesa del Castella, José Echegaray, Arturo Farinelli, J. Fitzmaurice-Kelly, R. Fouiché-Delbos, Eloy García de Quevedo, Edmundo González-Blanco, Rafael María de Labra, José Marvá, Gabriel Maura, A. Morel-Fatio, Conde de las Navas, Miguel de los Santos Oliver, Jacinto O. Picón, Julia Payol, Santiago Ramón y Cajal, Blanca de los Ríos, José Rodríguez Carracido, Francisco Rodríguez Marín, Rafael Salillas, Amós Salvador, Joaquín Sorolla, Leonardo de Torres Quevedo, Rafael Ureña, Alfredo Vicenti, Práxedes Zancada.

SUMARIO

Páginas.

MARIANO MIGUEL DE VAL.—Adolfo Bonilla y San Martín.....	57
DEL LIBRO INÉDITO «LOS CLÁSICOS» (poesías).—Mariano Miguel de Val.....	59
UN NUEVO CENTENARIO: ROUSSEAU.—Miguel S. Oliver.....	63
EXPATRIACIÓN.—Anselmo Fuentes.....	77
DOS HERMANOS Y DOS ALMAS (cuento).—Antonio Galván.....	86
ENGAÑOS DELICIOSOS (poesía).—José María Matheu.....	90
LAS BODAS DE LA PRINCESITA AZUL (poesía).—Alfonso Martínez de Ercilla.....	90
EL PRESIDARIO (poesía).—Julio Romero Garmendia.....	92

INFORMACIONES

EXTRANJERA:	
<i>El racionalismo latino</i> .—José María Salaverría.....	94
ARTÍSTICA:	
<i>Retratos antiguos</i> .—José Fernández Amador de los Ríos.....	96
BIBLIOGRÁFICA:	
<i>Obras completas de Menéndez y Pelayo</i> .—Manuel de Montoliu.....	99
<i>El médico rural</i> , de Felipe Trigo.....	101
<i>Las obras de Maragall</i>	101
LIBROS RECIBIDOS.....	104

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA.—TARIFA DE ANUNCIOS

	Año.	Número	DIMENSIONES	Mes.	Trimestre Semestre.		Año.
	— Pesetas.	suelto. — Pesetas.		— Pesetas.	— Pesetas.	— Pesetas.	— Pesetas.
España.....	24	2,50	Plana.....	40	100	175	300
			Media plana.....	25	60	100	175
Extranjero.....	30	3	Cuarto.....	15	40	65	110
			Octavo.....	10	25	40	70

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de rebaja en todos los precios de la Revista.

En la Sección Bibliográfica se dará cuenta de todas las obras que se reciban por duplicado.

La correspondencia, a nombre del Director.

Las suscripciones, anuncios, pedidos y reclamaciones, en la

Dirección y Administración: Serrano, 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

La Equitativa de los Estados Unidos

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

FUNDADA EN 1859 ■ W. A. DAY, Presidente.

SUCURSAL ESPAÑOLA DESDE 1882

El hombre que no tiene fortuna propia, sino que vive del fruto de su trabajo cotidiano, no puede abrigar fundadamente la esperanza de proporcionar por los medios ordinarios un porvenir de abundancia para su familia, además del bienestar relativo en que al presente la sostenga.

Pero adoptando hábitos de frugalidad y economía es probable que pueda ahorrar lo suficiente para hacer un seguro sobre su vida que garantice una vejez tranquila para él mismo, ó un mediano pasar para los seres queridos á quienes actualmente protege.

Una póliza de regular importancia se adquiere con un desembolso soportable, y cada año cuesta menos por los dividendos que LA EQUITATIVA reparte anualmente entre sus asegurados.

NOTA.—Si tiene usted la bondad de llenar los huecos del adjunto cupón y remitirlo bajo sobre dirigido á la

Sucursal Española de LA EQUITATIVA

Apartado 16

MADRID

recibirá usted explicación detallada de algunas combinaciones de seguro que habrán de interesarle, adaptadas á su edad y circunstancias especiales.

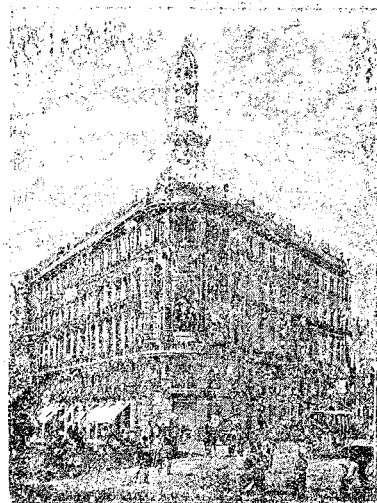
Nombre: _____

Profesión: _____

Año, mes y día de su nacimiento:

Fin que perseguiría al asegurarse:

Cantidad anual que dedicaría al pago de la prima:



Autorizado por la Comisaria general de Seguros.



D. MARIANO MIGUEL DE VAL

† EL 7 DE AGOSTO DE 1912

MARIANO MIGUEL DE VAL

A la temprana edad de treinta y siete años ha muerto en Madrid el 7 de agosto el director de esta Revista, á cuya prosperidad había consagrado la mejor parte de sus esfuerzos. Hacía ya largo tiempo que la enfermedad minaba su existencia; pero ni él mismo, ni ninguno de los que con cariñosa solicitud le rodeaban, pudo sospechar nunca que el terrible fin estuviese tan próximo.

Parece, sin embargo, como si una misteriosa é inconsciente anticipación clamase en su interior avisándole la brevedad de su vida. Hombre activísimo, resuelto, emprendedor hasta la temeridad, de trato extraordinariamente encantador y ameno, dejaba entrever en ocasiones la sombra de una suave y profunda melancolía, que no es difícil observar en el fondo de sus composiciones poéticas. Algunos de sus amigos le llamaban por eso «el poeta triste», y él contestaba (*Poesías*; Oñate, 1896; pág. 27):

«gozaré al ver razón en este mundo,
pues más la encuentro en el que amargo llora
que en el que ríe al verse moribundo...

»El agua con el fuego se evapora;
y el sol, á la caída de la tarde,
no inspira el regocijo de la aurora.

.....
»Sí, amigo mío, sí; tú bien lo sabes:
el mal cruel por todas partes brota,
y azota, envuelto en desventuras graves...»

En su mejor libro de poesías, *Edad dorada* (Madrid, 1905), retrató luego su impresión de desengaño en la bellísima composición que rotuló *Dicha incompleta*:

«... Aquella luz del sol que yo admiraba
brillante, embriagadora,
mucho me hizo gozar; mas también me hizo
volver la cara y contemplar mi sombra.

»Nunca la linfa del tranquilo lago,
cuando sus claras ondas
reflejaban mi faz, ocultar pudo
á mis ojos su arena cenagosa.

»La esbelta cumbre, que pensar me hacía
en la soñada gloria,
enseñóme el abismo, y en su fondo,
olvido y dudas y misterio y sombras.

»Sin punzarme, jamás sentí el perfume
de las fragantes rosas.
Sólo á medias gocé... ¡Nunca he bebido
el dulce néctar en dorada copa!»

El nombre de Mariano Miguel de Val no podrá omitirse con justicia en la historia de la poesía española. Fué un poeta de inspiración delicada y tierna, de extraordinaria facilidad y soltura en la versificación, de corrección extremada, recordando en su manera de ser, con las naturales modificaciones de los tiempos, algo de lo que representaron Meléndez Valdés en el siglo XVIII y Garcilaso en el XVI. Escribió importantes libros de crítica literaria (*La poesía del «Quijote»*, Madrid, 1905; *Los novelistas en el teatro*, 1906; *Alfredo Vici- centi, poeta*, 1907; *De lo bueno y lo malo*, 1909; etc.); pero su principal representación es, sin duda, la que ostenta en la esfera de la poesía lírica, á la cual se refieren sus primeros *Ensayos*, publicados en 1896 (Oñate), su precioso libro *Edad dorada* (Madrid, 1905), sus versos festivos *Policromías* (1907) y otros varios que deja inéditos, como *Camino de la vida*, *Perdurables* y una colección de sonetos que pensaba titular *Los clásicos*. Escribió también varios ensayos dramáticos, como el diálogo en verso *Las dos luces*, que fué premiado en público certamen, y otras obras de este género, en algunas de las cuales trabajamos juntos.

Pero á su actividad nerviosa, febril, incansable, no le bastaba el campo, relativamente tranquilo, de las empresas literarias. Fundó Asociaciones y Centros, fué durante varios años secretario general del Ateneo de Madrid, creó la Academia de la Poesía, organizó Congresos, dió conferencias, emprendió tareas editoriales, adquirió y sostuvo la revista ATENEO, y hasta se consagró alguna vez al ejercicio de la abogacía. ¡Quizás todo este excesivo trabajo tuvo gran parte en el decaimiento de su salud, y contribuyó á precipitar su fin!

Los que le conocieron y le amaron lloran ahora su temprana pérdida. Yo, que tanto tiempo estuve á su lado en vida, siento en mi corazón el vacío desolador y amargo que produce la fatal ausencia del amigo muerto.

Adolfo Bonilla y San Martín.

DEL LIBRO INÉDITO

“LOS CLÁSICOS”

POR

MARIANO MIGUEL DE VAL

MOISÉS

Al pueblo de Israel Moisés ampara
con el poder de insólitos prestigios;
dicta la ley, resuelve los litigios,
y es como un cetro mágico su vara.

Con ella el agua de la mar separa;
truécala en sangre, y colma los prodigios
en el desierto, donde no hay vestigios
de agua, y la hace brotar riente y clara.

Enciende el rayo, embauca á las serpientes,
oculta al sol, desencadena el viento,
y cuando, dirigiéndose á las gentes,

habla con voz profética, su acento
las músicas eleva de las fuentes
á la altiva región del pensamiento.

JOB

El nieto de Abraham sufre el desvelo
de verse sin hogar y sin hacienda,
sin mujer y sin hijos, en horrenda
fiebre de llagas é infinito duelo.

Sufre que el agrio y lenguaraz consuelo
del falso amigo en su dolor le ofenda,
y alza sus ojos por la recta senda
que al ancho y puro azul guía del cielo.

La cítara, en lamento convertida,
remonta entre sus ayes la esperanza
de otra más dulce y venturosa vida.

Y en medio de tan áspero quebranto,
si de Dios el reflejo no le alcanza,
le cobija la sombra de su manto.

DAVID

David, con sus valientes, en la umbria
selva de Heret despierta. La sonora
cítara pulsa, y el favor implora
de Dios contra el tirano que le espía.

En el concierto del naciente día
se oye al Cisne cantar. Bella es la hora
del nuevo sol cuando nos trae la aurora
alientos de risueña profecía.

Al entonar sus himnos de alabanza,
David se siente lleno de esperanza
y las crueldades de Saúl perdona.

Y el cetro de Israel en el espacio
traza con luz del Iris un palacio
que la colina de Sión corona.

TIRTEO

El Oráculo sabio de Delfos desconfía
de que los espartanos soporten, larga y dura,
la guerra de Mesenia; pero su triunfo augura
si un general Atenas les enviase un día.

Y la Atenas irónica, con desdén, les envía
un poeta olvidado y en plena desventura,
que es, por lo contrahecho de su triste figura,
objeto de las mofas de la canalla impía.

Mas del poeta el genio tanto su ser realza,
que las tropas le admiran. Su dulce flauta suena,
y en vibrantes estrofas el heroísmo ensalza.

Y cuando, ya en la lucha, repiten de memoria
los soldados sus himnos, el valor se desfrena...
Y así la noble Esparta se corona de gloria.

S A F O

La enamorada Safo duerme sola en su lecho
esmaltado de flores. En la estancia sombría
descansa el arpa eólica de los cantos del día;
pero el amor de Safo late siempre en su pecho.

Desdenes que le tienen el corazón deshecho
á sus sienes se agolpan con cruel osadía,
y son, al darles cuerpo la ardiente fantasía,
figuras que parecen dibujarse en el techo.

Si los sueños le mienten que Faón la sonríe
y que sus quejas oye, feliz es un instante,
y ella también, con risa confortadora, ríe.

Y cuando llega el alba y entra la luz primera,
contrasta con lo plácido del soñador semblante
su vestido de luto de negra cabellera.

ANACREONTE

Anacreonte escribe con su pluma de oro,
empapada en esencia de nardos y de rosas,
la bella oda á su Lira, de poéticas glosas
que las gentes celebran y repiten á coro.

Su amistad se disputan como el mayor tesoro
los magnates y príncipes y las mujeres diosas,
y le ofrecen mil bienes y riquezas cuantiosas
por escuchar los versos de su canto sonoro.

Mas no vende el poeta la voz de su garganta,
ni aspira á los humanos ni divinos favores;
quiere paz y alegría y amor... Y sólo canta

en las dulces orgías, en las alegres cenas,
cuando, por las hetairas coronado de flores,
salta en su copa el vino disipador de penas.

ROUSSEAU

I

Doscientos años ha hecho, día por día, que nació en Ginebra Juan Jacobo Rousseau. Sus adeptos, sus discípulos, su descendencia espiritual, celebran á estas horas en Francia y en Suiza el segundo centenario, ¿de quién diremos: del grande hombre ó del heresiarca pernicioso? ¿Del reformador ó del perturbador de la Humanidad? ¿De un Mesías ó de un Anticristo? Porque este nombre y esta fecha no suponen una mera celebración literaria ni una simple evocación retrospectiva, arqueológica y sin valor actual. Rousseau ha sido el principal determinante y factor de la época contemporánea, como Lutero lo había sido de la Edad Moderna. Ninguna influencia más poderosa y vasta que la suya; ningún impulso más duradero ni más general. Ciego estará quien no vea y reconozca esta omnipresencia del espíritu de Rousseau en el mundo de nuestros días. Él le imprimió su cuño, su imagen, su estructura; él le infundió su sople, informándolo por completo. La sociedad actual, la sensibilidad y las aspiraciones actuales, esencialmente rousseaunianas siguen siendo todavía, y la Historia se mueve aún plenamente dentro de su órbita, no obstante los esfuerzos defensivos que para evadirse de ella se realizaron y realizan sin interrupción.

Ni Voltaire ni la Enciclopedia juntos suponen la mitad de lo que Rousseau en la formación del alma de nuestro tiempo. Juan Jacobo representó en ella la fuerza predominante, sentimental y afirmativa, mientras lo otro no había sido más que análisis somero, destrucción, befa, ironía. El nuevo régimen político procede íntegramente del llamado filósofo de Ginebra: libertad, igualdad, derechos del hombre, soberanía nacional inalienable, democracia, constitucionalismo, la tabla completa de la nueva ley, todo eso salió de tres ó cuatro opúsculos suyos, breves, pero con tan extraña y misteriosa potencia de seducción ó de proselitismo, que ahora no puede menos de desconcertar á toda persona reflexiva. En el transcurso de unos doce años escasos, desde 1750 á 1762, irrumpió sobre la Humanidad con violencia formidable esa suerte de nueva revelación ó catarata de ideas, que estuvo á punto de permanecer oculta para siempre, y que debió á la casualidad el revelarse y encontrar su orificio de expansión.

Un hombre que se acercaba á los cuarenta, y que hasta entonces no se había singularizado por su vocación literaria, dirigióse cierto día de 1749 hacia Vincennes, donde estaba preso Diderot, á quien conocía. «Llevaba en mi bolsillo—escribía mucho tiempo después al presidente Malesherbes—un *Mercurio de Francia*, que me puse á hojear á lo largo de la alameda. Mis ojos tro-

piezan con el tema propuesto por la Academia de Dijón, sobre si las ciencias y las artes han mejorado las costumbres, que dió lugar á mi primer trabajo. Si algo pudo parecerse jamás á una súbita inspiración, este algo es el sacudimiento que produjo en mí la lectura de tal anuncio: simultáneamente me sentí el espíritu deslumbrado por mil chispas diversas; enjambres de ideas vivas se me presentaban á la vez con una fuerza y confusión que me dejaron en inexplicable perplejidad; sentí mi cabeza juguete de una turbación muy semejante á la embriaguez. Una violenta palpitación oprime y dilata mi pecho; no pudiendo respirar andando, me dejo caer á la sombra de uno de los árboles de la avenida, y paso allí una media hora entregado á tal agitación, que al incorporarme observé humedad de lágrimas en mi vestido, sin haber advertido hasta dicho instante que hubiese llorado...» En aquel punto y hora se consumó idealmente la revolución y fué concebido el nuevo régimen. De aquella crisis nerviosa, de aquel éxtasis quedó preñado el porvenir del mundo. En treinta minutos se reveló una vocación y se fecundó para siempre la mente febril y tempestuosa del visionario, destinada á alterar la faz de la tierra.

Cuando al anochecer el caminante taciturno entraba de nuevo en París, de vuelta de su paseo, traía ya el germen de sus obras principales, y con él un trastorno radical para la Historia y una nueva planta de la sociedad. A últimos de 1750 apareció aquel su primer discurso sobre las artes; en 1753, su nuevo discurso para la propia Academia de Dijón sobre *La desigualdad entre los hombres*; y sucesivamente, después de la polémica á que le obligaron dichos trabajos, la *Nueva Eloísa* en 1761, el *Contrato social* en marzo de 1762, y el *Emilio* á fines de mayo del mismo año. Treinta después el Terror habíase apoderado de Francia; el venerable Malesherbes, que tanto se esforzó para que Juan Jacobo pudiese publicar su *Emilio*, tuvo que prestar sus servicios de letrado al pobre de Luis XVI, tardando poco en seguirle por el camino de la guillotina. Los derechos del hombre, la soberanía, el pacto, la democracia, quedaban incorporados á la Carta fundamental de los Estados Unidos y costaban arroyos de sangre á los franceses. Pasó un siglo, y estos principios, más ó menos atemperados ó modificados, habían conseguido apoderarse de todo el mapa de Europa, de todo el de América. Han pasado cincuenta años más, y colorean ya la parte mayor del Asia, ofreciendo intensas manchas de actividad en la misma Africa impenetrable y en la remota Oceanía.

A mediados de la centuria anterior Balmes no pudo menos de percatarse de la rapidez y violencia de esa conquista, que ahora se ha hecho poco menos que universal. Mas á ella, á la conquista de las realidades políticas hay que añadirle la conquista de la sensibilidad humana en su forma colectiva y de multitud. Rousseau vino á crear en las naciones civilizadas una nueva atmósfera moral. Nuestro espíritu moderno ha sido moldeado en sus troqueles y conserva todavía muchas líneas esenciales de esta reacuñación. El sentimentalismo, la tristeza romántica, el humanitarismo, la «filantropía», la redención milenaria, la paz universal, la lucha contra la propiedad, el vago suspirar por el retorno al pretendido estado de naturaleza, todo el cúmulo de con-

fictos y utopías que constituyen la vida de nuestro tiempo, que alimentan los impulsos revolucionarios ó que mueven y excitan las inteligencias, legado son del gran perturbador y perturbado de Ginebra, ciudad de fanatismo al revés, que ha tenido el privilegio de engendrar esas naturalezas obstinadas é implacables, esos terribles maniáticos que se llaman Calvino en la revolución religiosa, Rousseau en la revolución filosófica y Marat en la revolución sangrienta.

Pues bien; hay algo de enigmático y paradójico en la potencia asombrosa del espíritu de Rousseau. Objetivamente y de buena fe, no cabe negar las extensiones inmensas á que ha llevado su imperio, ni la fuerza portentosa de la difusión, en el espacio y el tiempo, que le acompañó hasta ahora. Negar la magnitud del hecho es una simpleza; y, no obstante, reconocerlo y confesarlo nos conduce á una especie de absurdo. Porque el hombre que tamaña influencia ha alcanzado sobre el mundo y que tal revolución ha hecho prender en las almas y en los pueblos—hasta el punto de que sólo los movimientos religiosos de la antigüedad puedan serle comparados—, fué uno de aquellos individuos en quienes la locura se confunde con el talento, ó la enfermedad se resuelve en genio é inspiración, y que, grande como bienhechor ó como réprobo por sus obras, era un anormal insufrible en sus relaciones de criatura á criatura y un amoral perfecto en su vida y en su trato.

Y ahí está el enigma histórico á que me referí, y que viene á dejarnos como perplejos respecto al famoso instinto de las multitudes ó respecto al valor de lo que llamamos cordura y sana razón, proclamadas desde la antigüedad como insustituíbles antorchas y como seguros consejeros y guías de la especie humana. Diríase que también en esto ha modelado Rousseau á la posteridad, creándola á su semejanza. Porque quien estudie su vida ó tenga paciencia para leer por completo las *Confesiones*, no se explicará fácilmente el carácter de redentor de los infelices y perseguidos, de los explotados y los débiles, que ha venido á asumir el mismo hombre que empezaba por mandar á la Inclusa, uno tras otro, los cinco hijos que nacieron de su unión con Teresa Levasseur.

Y digo que no se explicaría fácilmente una tan grande contradicción si no viésemos al redentorismo actual, que ha venido á heredarle, hacer la infelicidad de los *hombres* en concreto por amor á la *Humanidad* abstracta; sacrificar los individuos próximos, la familia, los amigos, á una entelequia distante y desconocida; hacer intolerable el día de hoy en obsequio al día de mañana, y no dejar vivir en paz al siglo presente en aras del siglo futuro. Que esta pasión devoradora y enfermiza fué también pasión del ginebrino.

II

Es, en efecto, materia de estupefacción esta larga fortuna de Rousseau como modelador ó intérprete del alma de su siglo y como levadura de los tiempos venideros. Cuando se han leído de un cabo á otro las *Confesiones*, hácese muy difícil comprender por qué suerte de misterio se concentró en tales manos

el destino de la Humanidad hasta el punto de salir de ellas el evangelio de su redención soñada. ¿Cómo es posible, al mismo tiempo, haber vivido aquella vida y haber fascinado de tal modo á tantas generaciones? Algo hay que desconcierta profundamente en el caso de esta influencia extraordinaria y sin ejemplar. El menos honorable de los hombres consiguió conmoverlos como nadie les haya conmovido, y las gentes pidieron su regeneración á un neurótico, ya que no á un degenerado, cuyo nombre suena á menudo en las obras de patología mental.

Fué masoquista, cleptómano á ratos, y casi toda su vida padeció el delirio de persecución. Para ocultar un hurto, en la casa donde servía como lacayo, acusa injustamente á una pobre camarera. No teniendo en los labios más palabras que virtud, honor, pureza, se aviene á la cínica promiscuidad que le propuso Mme. Warens. Consagrándose á la felicidad de la especie humana y á la educación de la juventud, entrega al Hospicio su propia descendencia, sin acordarse jamás de sus deberes, sin oír jamás el grito de la sangre. Afectando una salvaje independencia que no le permite servir normalmente el más modesto destino, acepta la domesticidad dondequiera que se presenta ocasión y vive como un eterno parásito, desde Charmettes á l'Ermitaje, ahora con *man*, después con el mariscal de Luxemburgo, luego con Mme. d'Epinay, y casi siempre mordiendo la mano que le alarga el pan ó le ofrece un abrigo contra la inclemencia. Mientras los pueblos, admirados, demandan leyes y constituciones á su sabiduría, él invierte horas y más horas escribiendo interminables páginas de monomaniático sobre las supuestas maquinaciones de Diderot, Grimm y los holbachianos, juramentados para perderle y entretenidos de continuo en armarle toda clase de jargarretas...

Y, sin embargo, este misántropo de alma plebeya, que hacía desagradable la vida á cuantos le rodeaban; este hombre, de condición personal abyecta ó dudosa en tantos conceptos, hizo sentir á la Humanidad el escalofrío de una ternura desconocida y desató el raudal de unas lágrimas no lloradas hasta entonces. La *verve*, ahora lánguida y fatigosa, del insigne declamador vino á fundir la nieve de frivolidad que envolvía aquel siglo escéptico y aquellas sociedades descreídas y epicúreas. Fué el inmediato precursor de la revolución política, de la revolución romántica y aun, en cierto modo, de la misma restauración religiosa. Revelando el sentido del paisaje determinó los aciertos de Bernardino de Saint-Pierre y preparó los de Chateaubriand, en cuyo *Genio del cristianismo* persiste el eco sentimental de la *Profesión de fe de un vicario saboyano*, no obstante sus profundas diferencias de intención y propósito. En las páginas de su tiempo el código de la nueva sensibilidad, esa sensibilidad morbosa y novelesca que Flaubert hubo de liquidar después trágicamente con *Madame Bovary* y *L'éducation sentimentale*, pero que sin cesar retoña cada día bajo mil formas y enunciados.

Extasiadas por tal libro, las bellezas del antiguo régimen se ensayaron en las dulzuras del «retorno á la naturaleza», cuidaron de sus hijos y pusieron en su boca el pecho deformado por largos años de desobediencia á las leyes de

la maternidad. Hechizadas por su lectura, las grandes señoras de la Corte y la misma Delfina de Francia se olvidan del tiempo ó, de madrugada, despiden el coche y el séquito preparados desde la víspera para asistir á los Italianos. Una nueva nominación, una valoración nueva de conceptos y emociones aparece en el lenguaje, y las viejas palabras de sentido abstracto vibran con resonancias insólitas: la razón, la felicidad, la benevolencia, la justicia, la naturaleza, forman como un cortejo ó teoría de figuras excelsas y nobles, de propopeyas augustas, desfilando en ese estilo solemne y lacrimoso. Otro cortejo de monstruos y vestiglos medievales desfila en sentido contrario, sujeto á idéntica personificación: la esclavitud, el fanatismo, la tiranía, la ignorancia, la superstición, la desigualdad. En esta doble línea de abstracciones se encarnan las ideas en lucha, el bando de la luz y el de las tinieblas, los ángeles y los réprobos, la naturaleza, pura en sí misma, pero maleada luego por la sociedad.

Para que todo sea paradójico en el caso de Rousseau, resulta que este nombre, equivalente ahora á «progreso político y social», que figura en primer término entre los santos mayores del santoral revolucionario, fué un terrible misoneísta. Invócanle á título de pedagogo y amante de «la ilustración» muchos que ignoran cuál fué su verdadero pensamiento en estas materias. El primer escrito de Juan Jacobo optando al premio de la Academia de Dijón es precisamente una violenta diatriba contra esa cultura, ideal de los tiempos modernos. Para Rousseau las costumbres siguen una línea inversa á la del progreso de las artes y las ciencias. Donde la civilización se refina la austeridad se eclipsa y la virtud desaparece. El ginebrino es partidario de Esparta, no de Atenas; y los germanos de Tácito valen para él mucho más que todos los esplendores y magnificencias de Roma, que significan corrupción y despotismo, arriba; esclavitud, dolor y miseria, abajo.

De aquí la cautela con que hay que leer la palabra *sagesse*, que Rousseau escribe tan á menudo. Esta *sagesse* corresponde mucho más á *prudencia* ó moderación, como arte de la vida feliz y virtuosa, que á *sabiduría* ó conocimiento científico. «Ved la Grecia—dice nuestro filósofo—, antes poblada de héroes que vencieron al Asia por dos veces: una delante de Troya, otra en su propio suelo. Las letras nacientes no habían corrompido todavía el corazón de sus habitantes; pero el progreso artístico, la disolución de las costumbres y el yugo del Macedonio se siguieron muy de cerca. Toda la elocuencia de Demóstenes no consiguió reanimar un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado. Y de la misma suerte en Roma: fué en tiempo de los Ennio y de los Terencio cuando la ciudad fundada por un pastor é ilustrada por insignes labriegos comienza á degenerar. Pero *después de los Ovidio, los Catulo, los Martial y demás caterva de autores obscenos cuyos solos nombres alarman el pudor*, Roma, antes teatro de la virtud, se convierte en el teatro del crimen, en el oprobio de las naciones y en la presa de los bárbaros. Otro tanto puede decirse del Imperio de Oriente, asilo de las ciencias y las artes cuando se vieron proscritas de Europa, *más bien por sabiduría que por barbarie*, y que constituyó el ejemplo de toda aberración y monstruosidad.»

En cambio, á este cuadro hay que oponerle el de las costumbres de un corto número de pueblos preservados del contagio de los conocimientos vanos. «Tales fueron—dice—los primeros persas, nación singular donde se aprendía la virtud como entre nosotros se aprende la ciencia, que subyugó al Asia con tanta facilidad, y que ha tenido la gloria única de que la historia de sus instituciones pasara por un poema filosófico. Tales fueron los escitas, de quienes nos han llegado tan magníficos elogios. Tales los germanos, de quienes una pluma fatigada de trazar los crímenes y negruras de un pueblo instruído, opulento y voluptuoso, se complacía en pintar la sencillez, la inocencia y las virtudes. Tal había sido la misma Roma en los tiempos de su sobriedad y de su ignorancia.» Este era y es el verdadero lenguaje de Rousseau respecto al «problema cultural»; y ya se ve, por la muestra, con qué desconocimiento y cuán de oídas se lo apropiaban los actuales idólatras del cientifismo y la ilustración.

III

Poco ó nada se ha dicho, con motivo de este centenario, acerca del *rousseauismo español*, no obstante ofrecer materia sobrada para dos ó tres volúmenes. Derivación de Rousseau es la poesía sentimental y filosófica de Meléndez, de Cienfuegos, de Quintana y de Lista, con otros muchos de orden más modesto. Suyas son la nueva sensibilidad, los nuevos estados de espíritu y las aspiraciones nuevas que palpitan en aquellos cantos. Suyas también las primeras elucubraciones políticas que vienen á preparar en España la revolución constitucional y aun libros como el *Eusebio* de Montengón, novicio expatriado con los jesuitas, que, pretendiendo refundir ó cristianizar el *Emilio*, no hacían más que convertir la encubierta refutación en signo de victoria y en propaganda para la obra de origen. Pero, dejando á un lado un tema tan tentador como vasto —que comprende desde las traducciones explícitas á las paráfrasis disfrazadas, y desde las odas á la beneficencia, á la tolerancia, al fanatismo ó á las dulzuras de la Naturaleza contemplada filosóficamente hasta los folletos de Derecho público precursores de las Cortes de Cádiz—, digamos algo, de pasada y brevemente, acerca de un español grande amigo de Rousseau y desde luego la única persona de quien su pluma escribió un ditirambo lleno de color y sin reservas ni injurias posteriores.

Nadie, que yo sepa, ha exhumado en España este recuerdo al tratar de nuestras relaciones con la Enciclopedia y el filosofismo del siglo XVIII. Se escapó á la universal diligencia de Menéndez y Pelayo, y M. Morel-Fatio no lo menciona tampoco en la segunda serie de sus *Etudes sur l'Espagne*, que tantas noticias interesantes y preciosas ofrece respecto al ir y venir de magnates españoles durante aquella centuria, y á las gentes que trataron en los salones de París ó en otras andanzas y viajes diversos. Conócense perfectamente las relaciones de Voltaire con Aranda, con el marqués de Miranda, con el marqués de Mora; sábense las de éste con Mlle. Lespinasse y D'Alembert;

sábense también las del conde de Fernán-Núñez, de los duques del Infantado y de otros y otros; pero hasta ahora ha pasado inadvertida ó poco menos la amistad de Juan Jacobo con el aristócrata vascongado D. Joaquín Manuel de Altuna, famoso en nuestro país por haber formado parte de lo que el P. Isla llamó *triunvirato de Azcoitia*, y, fundando la Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País (1764), dió origen á las demás del reino.

La vida de Rousseau, apenas creíble de puro accidentada, debía llevarle un momento á las funciones de diplomático. Pasante de notario en Ginebra, catecúmeno en Turín, vagabundo, seminarista, lacayo, copista de música, recogido en casa de Mme. Warens, empleado en el catastro de Saboya, viene un momento en que, por azares largos de contar, el eterno andariego entra en relaciones con Mme. De Bézenval y Mme. De Broglie. Por estas fechas, alrededor de 1741 ó 1742, el conde de Montaigu, capitán de guardias reales, fué nombrado embajador de Francia en Venecia. Sin otros títulos que el nacimiento y la representación, sin habilidad de pluma ni preparación para estudiar y resolver debidamente los asuntos, necesitaba un secretario bueno para todo, y Mme. De Broglie le propuso á Rousseau, joven entonces como de veintiocho años.

Una vez en Venecia el embajador de Francia, Montaigu, trabó íntima amistad con el de España, marqués de Mori, y á los dos secretarios respectivos les pasó otro tanto. Desde aquel momento fueron comunes sus amigos, sus aficiones, sus placeres. Los conocidos de Carrió, el secretario español, lo fueron también de Rousseau, secretario francés, y viceversa; y pronto los viajeros jóvenes de los dos países que por diversión ó estudio se hallaban en Venecia formaron un grupo que, á juzgar por lo que dicen las *Confesiones* (II, VII), nada tenía de catoniano. A este grupo pertenecieron Le Blond, Saint-Cir, Altuna y otro español llamado Fagoaga. Las aficiones musicales de Rousseau y sus compañeros hallaron terreno abonadísimo en la fascinadora ciudad del Adriático. Juntos acudían á las célebres *Scuole* ó casas de caridad para niñas, que las preparaban para el matrimonio ó para el claustro, formando interinamente con ellas maravillosos y dulcísimos orfeones; juntos iban también, sin perder una sola, á las vísperas de los *Mendicanti*, que eran un arrobó de arte y de sentimiento.

Gracias á tal asiduidad trabaron conocimiento con los principales maestros de capilla de la población, y la orquesta de San Crisóstomo tocó entonces una de las sinfonías de las *Muses galantes*, del propio Rousseau, bailada por Bettina, graciosa danzatríz á quien protegía por tal tiempo nuestro compatriota Fagoaga, en cuya casa de célibe á la moda solían reunirse por las noches. Con esta época coincide la mayor afición musical del autor de *Le devin du village*, sus extrañas aventuras eróticas, que hacen presentir la Venecia romántica de Byron, Musset y Jorge Sand, sus recuerdos de la *Padovana*, sus inolvidables visitas á la fábrica de cristal de Murano, su admiración por *Zu lietta*, trocada en desencanto al conocer una imperfección de su busto, bien así como en los antiguos ejemplos ascéticos... Pero toda esa disipación juvenil

y artística debía terminar muy pronto. La incompatibilidad de su carácter con el del conde de Montaigu y la violenta ruptura acaecida entre embajador y secretario dieron al traste con los deliquios, con los conciertos, con los amores y con las serenatas de Venecia.

Entonces fué cuando Rousseau debía experimentar su primero y más terrible acceso de cólera contra los hombres actuales y contra la sociedad por ellos constituida. Todo el acre rencor, toda la negra misantropía que formó después la levadura de sus obras literarias y el fermento de la revolución política y social, de aquellos días y de aquellas humillaciones proceden. Si entonces no estalló en invectivas y dieterios, debiólo principalmente, según nos informa, á las delicias de la amistad, que templaron su violentísima irritación con el sedante de un sentimiento más dulce. «Yo había trabado conocimiento en Venecia—dicen las *Confesiones*—con un vizcaíno amigo de mi amigo Carrió y digno de serlo de todo hombre de bien. Este amable joven, nacido para todos los talentos y todas las virtudes, acababa de dar la vuelta á Italia para iniciarse en los secretos del buen gusto y en el dominio de las artes bellas, y, no concibiendo que pudiese faltarle otra cosa, se disponía á regresar á su patria sin más rodeo. Díjele entonces que las bellas artes no eran más que un pasatiempo tratándose de un espíritu como el suyo, hecho para cultivar las ciencias, y le aconsejé, á fin de inculcarle ese gusto, un viaje y seis meses de residencia en París.»

En efecto; el joven D. Ignacio Manuel de Altuna siguió el consejo: viajó, y se estableció temporalmente en París. Sin esta circunstancia ó encuentro fortuito con Juan Jacobo, tal vez no hubiéramos tenido en nuestra Península ni Sociedades Económicas ni Seminario de Vergara. «Estaba allí, en París, aguardándome—prosigue Rousseau—cuando yo llegué. Su hospedaje era demasiado grande para un hombre solo; ofreciómelo la mitad; yo acepté. Encontréle en un acceso de delirante furor por las ciencias superiores. Nada estaba fuera de su alcance ó penetración: todo lo devoraba y digería con rapidez prodigiosa. ¡Cómo me agradeció el haberle procurado ese alimento á su espíritu, torturado de antiguo por el afán de saber, sin que él mismo lo advirtiera! ¡Qué tesoro de luz y de virtudes descubrí en aquella alma inquebrantable! Comprendí que era el amigo que me faltaba, é intimamos en un momento. Nuestros gustos no eran los mismos: disputábamos siempre. Obstinados y tercos los dos, jamás estábamos de acuerdo en cosa alguna. Y, con todo, no podíamos dejarnos un instante, y, bien que contrariándonos sin cesar, ninguno de nosotros hubiera querido que fuese el otro de distinta manera.»

No paran aquí los encomios, jamás concedidos tan largamente por Rousseau á ninguno de sus camaradas y protectores, así fuese el mismo abate Gaimé, supuesto tipo de su *Vicario saboyano*. «Ignacio Manuel de Altuna—añade á continuación—era uno de esos seres peregrinos que sólo España produce, aunque los produzca raramente en perjuicio de su gloria. No participaba de aquellas violentas pasiones nacionales tan frecuentes en su país. La idea de venganza era tan extraña á su espíritu como el deseo de satisfacerla lo fué

siempre á su corazón. Era demasiado altivo para resultar implacable, y le oí asegurar á menudo, con la mayor sangre fría, que ningún mortal gozaba el privilegio de poder ofenderle en el alma. Era galante, sin llegar jamás á empalagoso; divertíase y jugaba con las mujeres como lo hubiera hecho con hermosas criaturas de cinco años. Departía jovialmente con las amantes de sus amigos; pero no le conocí ninguna jamás, ni ningún deseo de tenerla. Las llamas de la virtud, que devoraban de continuo su corazón, no permitieron que tomasen pábulo las de los sentidos.»

IV

Por lo demás, no hay que creer que la amistad de Rousseau y el noble vascogado hubiera sido más duradera que otras muchas comenzadas bajo idénticos auspicios. La separación, haciendo imposibles los equívocos y las rencillas, vino á darle un tono ideal y aquella apariencia de afecto inquebrantable que campea en las *Confesiones*. Don Manuel de Altuna quedó en la memoria de Juan Jacobo, no como un amigo más, generoso y discreto, inteligente y dulce, sino como el amigo por excelencia: el único que convenía al sabio reflexivo y amante de la virtud. «Después de sus viajes—sigue diciendo Rousseau—contrajo matrimonio, murió joven, dejó algunos hijos; y estoy persuadido como de mi misma existencia que su mujer fué la primera y la única que le hiciese conocer las dulzuras del amor. Si exteriormente era devoto, como buen español, en su interior atesoraba la verdadera piedad de un ángel. *Exceptuándome á mí mismo*, á nadie sino á él hallé tolerante en lo que llevo de vida. Jamás se informó de cómo pensara una persona en materia de religión. Que su amigo fuese judío, protestante, turco, ateo, poco le importaba con tal de que fuera hombre de bien.»

No deja de causar cierto asombro el convencimiento que manifiesta Rousseau en cuanto á su propia tolerancia, sobre todo si se recuerda cómo solían acabar sus relaciones por absoluta incompatibilidad de carácter con todo el mundo. Altuna era «obstinado, tozudo inclusive por lo que respecta á muchas cuestiones indiferentes»; pero así que se trataba de religión, y hasta de moral, se reprimía, callaba, ó decía simplemente: «Yo no me ocupo más que de mí mismo.» Al autor de *El pacto social* le parece increíble que se pudiera asociar tanta elevación de alma con un espíritu de meticulosidad llevado hasta la minucia. Durante el tiempo que pasaron juntos en París el joven vizcaíno distribuía metódicamente sus horas, y jamás interrumpía una ocupación para entregarse á otra más placentera: de diez á once, los oficios divinos; de once á doce y media, estudio de Locke; de tres á cuatro, matemáticas ó física; de seis á siete, el rosario. «Cuando me leía la lista de estas distribuciones—añade Rousseau—yo empezaba por reír y acababa llorando de admiración... Nada tan alegre como su humor. Era fácil y ocurrente en el donaire; le gustaba la ironía, brillando en ella por poseer como nadie el talento del epigrama... No

tenía más español el rostro que la flema. Su piel era blanca, las mejillas, coloradas, y el cabello, de un castaño casi rubio. Era alto y bien hecho. Diríase que tal cuerpo fué formado para albergar tal alma.»

Y para terminar este panegírico incondicional y caluroso, que su pluma no debía repetir jamás, escribe el siguiente párrafo de sentimental despedida: «Este sabio de corazón tanto como de inteligencia entendía en materia de hombres, y fué mi amigo. He aquí mi contestación á quienquiera que no lo es. Nos comprendimos tan íntimamente, que formamos el proyecto de pasar juntos el resto de nuestra vida. Todos los pormenores de este proyecto quedaron fijados entre nosotros la víspera de su partida. No faltó para realizarlo más que lo que no depende de los hombres, aun en los propósitos mejor calculados. Sucesos acaecidos con posterioridad, mis desastres, su casamiento, su muerte, en fin, nos separaron de un modo irremisible. Diríase que sólo prosperan los negros *complots* de los malvados: los inocentes proyectos de la bondad y la honradez casi nunca llegan á buen puerto.»

Véase, pues, cuán en poco estuvo que la vida de Rousseau, aventurero de la idea, como la de Colón en el siglo XV, se incorporase á la historia de España para realizar en uno de los patriarcales concejos de Basconia su idilio de *El filósofo en el campo*, á guisa de los pastores sensibles de Gesner y Florián, ó como un anticipo del Saint-Preux de su *Nueva Eloísa*, suspirando en los bosques, recitando versos cantábiles de Metastasio y deshaciéndose en himnos teístas al autor de la Creación, lejos de la sociedad corrompida, en el seno de la Naturaleza pródiga y amiga de la sencillez y las virtudes. ¿Qué sesgo hubiera tomado la existencia de Rousseau, qué sesgo hubiera comunicado al espíritu de los españoles, si ese convenio con Altuna llegara á cumplirse? He aquí uno de los problemas conjeturales á que ninguna filosofía de la historia puede responder cuerdamente.

Contentémonos con decir ahora que al separarse en París del caballero vizcaíno empezó su vida marital con Teresa, y vino casi en seguida aquella crisis de su espíritu que se decidió en el camino de Vincennes una tarde en que, acongojado y lloroso por el dolor y la miseria de los hombres, se dirigía lentamente á la prisión de Diderot. Contentémonos con saber que Altuna, el joven amigo del errabundo filósofo, ya de regreso en su pueblo natal, halló á otros compañeros de su misma condición, edad y aficiones. Tales fueron D. Joaquín de Eguía y D. Javier de Munive é Idiáquez, marqués de Peñaflorida y tío del fabulista Samaniego, con los cuales no tardó en constituir uno de los primeros núcleos del filosofismo español: el de los *caballeritos de Azcoitia*. Encubiertos bajo el seudónimo de *Los aldeanos críticos*, impugnaron con mordacidad algunas opiniones poco felices que contra los nuevos métodos de la física acababa de verter el P. Isla en su *Fray Gerundio*. La polémica se agrió, y á vuelta de no pocos tirones y dentelladas contra la escolástica, los peripatéticos y «el teólogo» —inevitable é imprescindible en cualquier acto de la vida española, al decir de los maliciosos triunviros—, acabaron por reconciliarse y quedar muy amigos el avisado jesuita y el desenfadado marqués, principal sostenedor de la disputa.

Allí tomó cuerpo y recibió nombre el impulso de restauración de los intereses materiales que cuajó en la Sociedad Económica Vascongada y de que fueron saliendo todos los demás *Amigos del País*, con denominación que es un signo de la preponderancia de los fisiócratas y un eco de la sensiblería de Juan Jacobo. Mirabeau, el padre, llevado de la misma corriente, llamábase, como es sabido, *el amigo de los hombres*; Marat se apellidó *el amigo del pueblo*, y los propios jacobinos tuvieron por nombre oficial el de *Amigos de la Constitución*. La Sociedad Vascongada adoptó por lema el *Irurac-Bat*, con el sello de las tres manos enlazadas, y dió comienzo á sus tareas con un ardor, entusiasmo y tenacidad imponderables. Después de la expulsión de la Compañía de Jesús los mismos elementos se apoderaron del colegio de Vergara, convirtiéndolo en la famosa institución docente que tanto dió que hablar después como foco de impiedad y de propaganda francesa. Cuando la guerra con la primera República el espíritu españolista flaqueó en las Vascongadas, llegando Guipúzcoa hasta la separación, que la paz de Basilea dejó sin efecto. Los galómanos abundaron en aquella tierra, antes y después tan tradicionalista y tan apegada á sus fueros, y se contaron allí más suscriptores de la *Enciclopedia* que en todo el resto de España.

¿Cómo explicar estas fluctuaciones y cambios de espíritu, estas reacciones en la dirección íntima de los pueblos que de la colonia republicana de un día hicieron una futura Vendée, y del árbol de Guernica, reverenciado por los convencionales como el hermano mayor de los siempre macilentos *árboles de la Libertad*, el símbolo de todo patriarcalismo tradicional y de toda constitución histórica en pugna con la nivelación igualitaria y geométrica del jacobinismo francés? He aquí otro enigma histórico que hay que limitarse á consignar, sin resolverlo. ¿Latía, por ventura, bajo la seducción galicista de 1794 la misma aspiración de libertad local que bajo la guerra civil y el empeño legitimista de 1837? Puede formularse la pregunta, mas no la respuesta, necesitada de muchas y muy arduas investigaciones y de más ardua meditación. A ella nos ha conducido la amistad de Rousseau trabada con Altuna en Venecia allá por 1743 ó 44, sirviéndonos, cuando menos, para ver en acción cómo se teje la Historia y cómo en ese tejido se enlaza lo ordinario con lo culminante, lo trivial con lo célebre y lo cotidiano con lo histórico propiamente dicho.

V

Para terminar esta superficial conmemoración española del famoso visionario ginebrino, digamos algo acerca de la herencia de Rousseau. Rousseau ha legado al mundo la inquietud, el insomnio, la total inadaptación de los seres. Con Rousseau y el estado de espíritu que vino á determinar ó resumir ha desaparecido de sobre la tierra la antigua paz del alma. Con él y por medio de él, la Humanidad, á semejanza de Macbeth, ha matado su sueño. La mente enferma y perturbada de Juan Jacobo parecía contener *in potentia* el porve-

nir, el embrión de los siglos próximos; y este porvenir y estos siglos responden, hasta ahora con escrupulosa exactitud, al conjuro de su profeta. Él fué como un anticipo ó concreción individual de la sociedad futura; y «el mal de Rousseau», el mal ó la dolencia de un hombre se han ido contagiando á las muchedumbres y se convirtieron en mal y dolencia colectivos. El mundo moderno es principalmente y casi esencialmente rousseauniano; y ningún nombre, ninguna inteligencia, ninguna capacidad intelectual, entre las muchas que sobrepasan al autor del *Emilio*, han conseguido como éste llenarlo tan ampliamente, infundirle su alma y teñirlo de su propia coloración.

Semejante fuerza de difusión y contagio indica todo lo que hay de *pathos* ó dolencia en el legado de Rousseau, ya que no suelen igualarla ni alcanzarla jamás las construcciones de la inteligencia pura. De los libros de Rousseau, á la vuelta de veinticinco años, salió con violentísima erupción y todo de una pieza el jacobinismo francés. Los discursos de las tres Asambleas, los preámbulos, las leyes, los informes y documentos del Comité de Salud Pública, las oraciones de los tribunos, las proclamas de los patriotas y el lenguaje de la prensa y de los Clubs no son más que una inmensa amplificación ó glosa de cuanto escribiera el antiguo parásito de Mme. Warens. De estos libros procede también en línea recta todo el «redentorismo» contemporáneo, puesto que allí, bajo apariencias dulzonas y sentimentales, latén como en un ovario invisible todos los gérmenes sucesivos de la rebeldía; y lo mismo informan hoy las elucubraciones dictatoriales de Robespierre, que determinarán mañana los ensueños comunistas de Babœuf y su grupo cuando, agotada la revolución política, se pida á la revolución social el término de todos los males que la primera no curó; y producirán en seguida el malthusianismo, y después la acracia, y sucesivamente todas las nuevas formas de protesta contra todas las nuevas formas de decepción y desencanto revolucionario.

Que eso significa la herencia de Rousseau: la revolución permanente, el descontento continuo, la desesperación sin fin. El jacobinismo, que es su obra directa, vino á representar una ruptura en la continuidad del espíritu humano, que Michelet precisamente, no ningún reaccionario, señaló con una de sus prodigiosas visiones históricas. El mundo se hizo rencoroso, el hombre, taciturno é iluminado, la sociedad perdió su antiguo hechizo, y la cortesía y dulzura de la vieja Francia parecieron eclipsarse para siempre. Y ese rencor jacobino, esa austeridad inexorable y muchas veces más repulsiva que la claudicación, esa sorda iracundia, ese odio en la mirada de los hombres que apareció después de 1789, duran todavía y perdurarán por mucho tiempo, como si entonces se hubieran incorporado definitivamente á la esencia de la Humanidad regenerada. ¡Triste regeneración, sin duda, la que nos condena al perpetuo vaivén y al descontento inacabable; la que, á título de perseguir la felicidad, eterniza la lucha, y con pretexto de dar á la vida un sentido más amplio y á sus satisfacciones una distribución más equitativa y racional allá en las lejanías de lo futuro, lanza sin tregua á los hombres presentes unos contra otros, en holocausto de los hombres de mañana, que á su vez obrarán

impulsados por la misma demencia en un eterno y desesperante círculo vicioso!...

He aquí en lo que han parado los ensueños y las declamaciones del filósofo de Ginebra y su retorno á la primitiva sencillez. Para que todo fuera paradójico en su persona y en su transcendencia social, el gran perturbador del alma contemporánea sintió la vida de un modo patriarcal é idílico. Execró las complicaciones, redundancias y superfluidades de la civilización, que, creando para los hombres necesidades absolutamente ficticias, les someten después á irritante desigualdad y les hacen experimentar dolores y tormentos sobrado reales y positivos. Ensalzó la paz, la modestia, el contento que infiltra la Naturaleza. Abominó de las grandes aglomeraciones humanas y fulminó sus rayos contra toda Babilonia, llegando á proponer que se fijaran límites á la extensión de las ciudades y que se regulara su población según tipos muy modestos, de veinte ó treinta mil almas. Maldijo de las artes y las letras—él, artista y escritor por encima de todo—, como factores de molicie y disolución, que señalan, no la cúspide del bienestar, sino la hora de la decadencia, de la envidia, del dolor y del crimen. Y, en una palabra, su sentido de la vida pudiera condensarse en los versos del romance famoso que ha sido tomado en España como expresión del ruralismo incivil y del tradicionalismo petrificado y misoneísta:

¡Feliz quien no ha conocido
más río que el de su patria,
y duerme, anciano, á la sombra
do pequeñuelo jugara!

Pues bien; ese hombre que suspiraba por la simplicidad de los pastores, que oponía al afeminado esplendor de Atenas la austeridad de Esparta y á la grandeza de Roma la virginidad de alma de los germanos esperando en sus selvas la hora de la devastación expiatoria; el misántropo, el solitario, el enemigo irreconciliable del progreso urbano y de las grandes metrópolis opresoras y tiránicas; el cantor de la existencia sobria, escondida y humilde, de quien proceden todas las parejas campestres, todos los Pablo y Virginia, todas las *Cabañas indianas*, todas las Atalas y Chactas y todos los soñadores de amor que buscan el misterio de las frondas ó el espejo de los lagos inmóviles; ese hombre contradictorio ha sido la columna de fuego de las multitudes y el principal instrumento de las grandes concentraciones sociales de nuestros días. Se le ha tomado por un apóstol del «culturismo», por el santo patrón de la Pedagogía y por el Mesías del Progreso. ¡Ironías del destino! Lo que acercó á Rousseau al mundo de la cultura fué el deseo de acabar con ella, sustituyendo la *sabiduría*, en su sentido antiguo de prudencia y arte de vivir, á la ilustración. Lo que le hizo ocasionalmente pedagogo fué el deseo de buscar *una defensa contra la civilización*, que era su enemigo irreconciliable y por excelencia.

Y ahora, á la vuelta de ciento cincuenta años, el maniático debelador de la vida refinada, de la complicación social y de la civilización que progresa á

costa de la virtud y la felicidad de los hombres, se halla ser el símbolo de todas esas abstracciones y concepciones por él tan combatidas. Sin duda la obra de los pensadores contiene una parte más poderosa que la explícita y literal; y esa parte, dormida ó latente, imprime su rumbo á la influencia futura y rige toda su trayectoria. Lejos de correr las sociedades á la descongestión que anhelaba Juan Jacobo, lejos de gravitar la vida hacia una mayor sencillez, de depurarse las costumbres en sentido de una mayor sobriedad, de deshacerse los grandes conglomerados de población y de regresar por todas partes al campo y á la Naturaleza vivificante y salubre, se va á la complicación, á la complejidad y al refinamiento con velocidades gigantescas; y no por eso el profeta del nuevo régimen deja de ser profeta, ni las nuevas sociedades lo abandonan.

A él debemos la desesperación revolucionaria primero, gran parte de la desesperación romántica después, el rencor jacobino, la melancolía y la voluptuosidad de padecerla. De las *Confesiones* personales de Rousseau salen todas las memorias novelescas ó novelas autográficas. Sin él no hubieran existido ni *René*, ni *Jacobo Ortiz*, ni siquiera *Adolfo*. El romanticismo, como fenómeno social y como fenómeno literario, no ha desaparecido todavía y está muy lejos de desaparecer, por mucho que nos hagamos á menudo la ilusión de desterrarlo, inventando nuevas nominaciones ó poniendo rótulos distintos sobre los viejos frascos en que vamos á buscar esa melancolía como se busca un narcótico ó un excitante. Rousseau fué quien preparó el filtro por primera vez en grande y para las muchedumbres. Su acción estupefaciente no se ha disipado todavía. A la Humanidad le rueda la cabeza y anda vacilando desde que lo absorbió. No sabe ni puede resucitar la vida del paganismo; no quiere volver al templo; no halla fuera de él los paraísos anunciados; se hastía de la revolución; juzga insuficiente la pasada; prepara la nueva, cada vez más grande, y la sigue el desengaño, cada vez mayor... Es la levadura de Rousseau, que trabaja todavía activamente en las entrañas del mundo.

Miguel S. Oliver.

EXPATRIACIÓN

Esta alcanzó á muchos españoles del año 1823 al año 1833. Década funesta en la que lucharon los combatientes españoles ellos entre sí. En uno de los bandos hicieron armas los constitucionales; en el otro bando las hicieron los absolutistas. Los partidarios de la Constitución de 1812 fueron perseguidos por los que, apoderados del gobierno de la nación, al frente de ellos Fernando VII, apoyados por las bayonetas de los soldados al mando del duque de Angulema. Como independencia nacional y libertad constitucional fué el lema que defendió el general Espoz y Mina, sus contrarios fueron contra él, siendo el padre de la esposa del general de su partido, no de su mesnada. Padre é hija quedaron comprendidos en la persecución á los liberales, persecución que sufrió sin debilidades Juana María de Vega, sin decaer nunca su ánimo. Entonces habían nacido en lucha apasionada los ciudadanos españoles aquellos días infaustos, precursores de otros días no menos infaustos; días de conspiraciones, preparatorios de otras y de pronunciamientos militares; días en los que la intervención extranjera en España, por las armas y por la diplomacia, dejó huellas imperecederas en tantas poblaciones de norte á sur de la Península; días en que fué puesto á prueba el heroísmo de los españoles de ambos sexos: por lo mismo que la mujer tomaba parte, el hombre tenía alientos para la lucha.

La Historia alumbró los hechos éstos sometidos á una crítica severa; en el fondo de ellos se ve un pueblo de sentimientos generosos, de ignorancia en la obscuridad de preocupaciones tradicionales; el pueblo imbuído de ideas, mejor dicho, de exageraciones lamentables; ese pueblo dominado por los voluntarios realistas unas veces, otras por los milicianos nacionales, en ambos casos pedestal el pueblo de los ambiciosos; éstos hábiles para la intriga, de seductora elocuencia algunos. En ese mar de pasiones políticas y de influencias económicas estuvo metido, más que por espontánea voluntad, aunque la hubiese muy buena, por circunstancias obligadas, D. Francisco Espoz y Mina. Con él su esposa, varonil de ocasión; su natural era de por sí tranquilo, aunque de temperamento enérgico, á la vez que de sentimientos delicados, por su propensión al amor, que todo lo enaltece siendo los fines buenos, castos y puros. El amor rechaza el bullicio, la *bullanga*.

Todos esos fines adornaron el alma de Juana María de Vega, inspirándose siempre en el afán de hacer buenas obras á favor del semejante. Juana, cosmopolita obligada, fué al mismo tiempo toda amor para su patria. Lo prueban muchos actos ejemplares de su vida, lo mismo en España, que en Portugal, que en Francia, que en Inglaterra. En esta nación, desde que desembarcó en Portsmouth el año 1823; en Francia, cuando tuvo que intervenir en todas las vicisitudes, más adversas que prósperas, por las que hubo de pasar su esposo, en parte por los sucesos políticos de la nación francesa, antes y después del año 1830, antes y después de la expedición malograda á Gibraltar, antes

y después de los tratados egoístas de Inglaterra con los Borbones y con los Orleáns, según que estas dos ramas reales imperaron en Francia, mientras en España se trataban los españoles con la misma saña con que se batieron moros y cristianos cuando el califato de Córdoba.

Juana María de Vega, en su afán de reunirse con su esposo, engañada por éste, aunque con buenísima intención, creyó que volvería á ver á Espoz y Mina con el vigor y la lozanía de cuando le vió por primera vez en su entrada triunfal en la Coruña, ó cuando en plena luna de miel se despidió para emprender su primera campaña de Cataluña. Esto fué cuando Juana estaba en la edad de las ilusiones (diez y siete años), por las que se dejó halagar, y se entregó de corazón al recreo de ellas. No era posible que Juana tuviese en Galicia, en el curso de los acontecimientos que empezaron á desarrollarse el año 1824, la experiencia que de los hombres adquirió sufriendo sus malquerencias en Londres y en París del duque de Wellington, de Guizot y de otros políticos, hombres sin corazón para la política, políticos que nada les importaba de la suerte de España con tal de que la de su país fuese venturosa.

Además, los gobernantes ingleses cuando Jorge III y Jorge IV, los gobernantes franceses cuando Carlos X y Luis Felipe, tenían bastante de qué ocuparse con los planes de Metternich, combinados y secundados por intereses múltiples.

España, sus gobernantes, ¿qué planes tenían?...

Concretemos los hechos que ofrece la emigración de Juana María de Vega. El desembarco de Espoz y Mina en Inglaterra fué triunfal en Plymouth. Suceso que coincidió con aquel episodio de Juana con el general Morillo. Al demandar de éste aquélla su pasaporte como esposa de Espoz y Mina, Morillo aconsejó que se pidiese omitiendo el apellido de Mina. Juana replicó en estos términos: «Si desde el momento de unir mi suerte al general Mina me había gloriado en llevar su apellido, era mayor mi orgullo desde que lo veía preferir la desgracia y el destierro á faltar á sus juramentos, haciendo traición á su patria. Pediré pasaporte con el apellido de Mina, ó saldré de España sin él.» Esta réplica fué comunicada cuando el general Morillo pudo sospechar que no permitiría el Gobierno que la esposa de Mina fuera á compartir con él su ostracismo. Contrasta lo que pasa en la Coruña á una señora, en toda la extensión de la palabra, encargada de su propia defensa, con lo que rodea á su esposo en país extranjero. Esposo que la prensa inglesa colma de elogios; que en Taunton todo lo que se diga es poco de la benévola acogida que tuvo en el teatro; más que benévola entusiasta, al antiguo guerrillero y caudillo tantas veces aclamado por sus compatriotas.

Espoz y Mina se revela su patriotismo en su viaje, después de la capitulación de Barcelona, á Plymouth. En la navegación tuvo un fuerte ataque cerebral que le dejó huellas. En lo fuerte del delirio decía: «¡Haber capitulado yo con los franceses!...» Como se ve, coincidían los caracteres del matrimonio Mina. Éste apremiaba á Juana para que fuese á reunirse con él, como enton-

ces sucedía tantas veces, sobre todo con personas tan significadas como lo era la esposa del general Espoz y Mina. A la esposa, al querer embarcarse en la Coruña y solicitar su pasaporte del capitán general, éste la hizo saber devolviese su solicitud con un decreto que mandaba se presentase la interesada *para manifestar los motivos por que salía del reino*, exigiendo además que presentase dos personas abonadas que pudieran servir de fianza. Para esto no fué admitida la fianza de su madre: que á tanto llegaban la enemistad, el odio, la desconfianza, que hasta los sagrados vínculos entre madre é hija eran profanados por la pasión airada de cristianos, españoles y caballeros, así llamados.

El 21 de febrero de 1820 fué proclamado en la Coruña el Código de 1812, y el 21 de febrero de 1824 se embarcó Juana para reunirse con su esposo en la emigración. Coincidencia, lección de la que tanto puede aprenderse.

Sólo que para aprender es preciso estar bien preparado; y como la pasión ciega el entendimiento, ella, cuanto más firmeza tiene en una determinada corriente de empeños, la perdición se hace más inevitable. Esto es, la contradicción, el daño.

En el año 1823 y en los sucesivos parece ser que por las mismas dificultades con que se tropezaba para conseguir la victoria y rendir al enemigo los respectivos adversarios, más se enardecían sus ánimos, aspirándose á conseguir el imposible: que no otra cosa era pretender detener el curso de los acontecimientos políticos. Esto no sólo sucedía en España, si que también en Europa. Díganlo si no el Congreso celebrado en Verona, la caída de Carlos X, la oposición de los lores ingleses á todo lo que pudiera mermar sus abusos, más que sus derechos privilegiados. No es, pues, extraño que en España lograse prevalecer la influencia del travieso, del inhumano Calomarde, á quien alguna vez hubo de limitar su acción el mismo Fernando VII, quien, con sentido práctico y por asegurar la herencia de su corona á Isabel II, comprendía los riesgos que se corrían al extremar las cosas, ó sea las crueldades.

Fernando no podía olvidar que había muchos españoles en la emigración, entre ellos muchos de valer, como Mina, el conde de Toreno y tantos otros que no desistían de sus propósitos liberales. Fernando sabía también que su hermano el Infante D. Carlos no quería tampoco desistir de ceñirse la corona de España, apoyándole en su pretensión gran número de españoles. Y como sucede, por desgracia, se mezclaba la religión con la política carlista, ayudándose mutuamente los privilegiados; cada bando, para satisfacer sus codicias, reclutaba partidarios en la ignorancia y en todo lo que las circunstancias podían dar de sí, sin reparar en los medios.

Mina estaba apoyado por una gran parte del pueblo inglés, por algunos magnates allegados á la Corona, por el rescoldo de odios españoles que nada podía apagarlos, ni había tampoco empeño en extinguirlos. Es verdad que Mina, enfermo, no podía estar al frente de la latente conspiración con aquel vigor que le distinguió en tiempos no lejanos. Aparte de que para toda conspiración es necesario tener dinero, y éste escaseaba á los emigrados. No todos,

ni mucho menos, portándose fieles cuando había que conducirse lealmente: que siempre los menos practican la virtud.

El Gobierno de Madrid estaba muy atento al manejo de la policía y á fomentar la traición. Se reconocía por el año 1824 valimiento á generales como Morillo y O'Donnell, que no eran afectos á la Constitución de 1812, tal vez por entender que no estaba el país en condiciones de practicarla. Todo eran concausas para que el sosiego público no ofreciera garantías, y los planes gubernamentales las tuviesen de éxitos nacionales. La cuestión era de intransigencia; la tradición hacía extremar las venganzas, la revolución levantaba aires borrascosos. Mina y Juana, su esposa, no podían prescindir de cumplir compromisos contraídos. Fernando VII, por su enlace con María Cristina, había de sentir la influencia de una mujer de mucho corazón, como mujer y como italiana. Juana abarcaba con su mirada el pro y el contra de la atmósfera política, aunque impresionada siempre por lo que creía que era patriótico: por la libertad, que estaba defendida, unida á la justicia, bajo su manto protector, ajena á intereses bastardos.

Siempre el mismo problema por resolver: el del buen sentido.

Mina tenía que atender á su salud, pues así convenía á la causa que defendía, siendo su director principal; á los que pudiéramos llamar sus subordinados, legión de impacientes, como se prueba por las intenciones frustradas; impacientes, porque, claro está, la prudencia exigía cautela en las gestiones que se practicaban con gran reserva. Ésta aislaba en cierto modo á quienes dirigían de quienes eran dirigidos. Éstos á su vez sentían la nostalgia de la patria. Cuando Mina tuvo convites como el del duque de Succex, podía la envidia entristecer á la muchedumbre emigrada, que vivía rodeada de privaciones en Londres. La traición logró penetrar en el seno de la familia de Mina. Cuando la doncella de Juana, engañada por unos falsos amores de un policía español; la doncella, por su deseo de casamiento, que le estuvo prometido hipócritamente, fué el medio de que se valieron los contrarios de Mina para estar al corriente de las gestiones que dirigía á favor de sus ideales, con la intervención de una Junta secreta. Y lo que era patriótico, podía muy bien la suspicacia creer que no lo fuese. Como sucedió así, desconfiando de Mina, pues entre los emigrados en Londres había de todos los tipos. Como que los hubo *industriales* políticos, en contraste (los más) con desinteresados patriotas.

Además, la influencia general de Europa presentaba cada año nuevo cariz. Los años no pasaban en balde: los Braganzas agitaban la turbulencia en Portugal; Orleáns y Borbones pugnaban por el triunfo de sus respectivas dinastías en Francia; también los Bonapartes acercaban su leña al fuego. La ambición, que lo devora todo, impelía al conde de España y á otros personajes á ser activos por su causa. «Inquisición», decían los unos; «Constitución», respondían sus adversarios. No había, pues, medio de entenderse. Tal fué el período que comprende el año 1824 al año 1830. Cuanto la imaginación pueda concebir en su loca fantasía, cuanto la impaciencia pueda forjar en ilusiones ó desengaños, cuanto pudiera atormentar al matrimonio Mina, todo le afligió.

La suerte se puso contra él muchas veces de frente, y lo batió con la calumnia. A contrariar al matrimonio Mina influyó no poco la falta de salud del general, aunque animado bastante por su magnánima compañera Juana.

Algunos detalles que son documentos interesantísimos. Entre otros, la separación obligada en que estuvieron Vega y su esposa. Interesantísimos, porque revela esta separación lo perturbada que estaba la sociedad española, cuán perjudicial era para el porvenir de España, como está comprobado por los sucesos posteriores.

¿Qué sucedía en Inglaterra al matrimonio Mina? Que había emigrados quejosos, suscripción secreta para atenderlos; que los audaces eran generalmente los afortunados; inculpaciones para desgraciados fingidos; darse el caso de un embargo inícuo; crearse una situación que era verdaderamente penosa. El Gobierno inglés quiso señalar pensiones á los emigrados, para lo que tuvo que formarse una lista clasificadora. Lista que encomendó su formación el duque de Wellington á lord Rioy, con cuyo motivo el duque hizo citar á Mina con menos atención de la que merecía, á quien conocía personalmente, y estaba en la desgracia, pues ya en París se habían tratado en la anterior emigración de 1814. Mas había la circunstancia de que entre Mina y Wellington existía la divisoria que los separaba por militar cada uno de ellos en campo distinto después de los sucesos ocurridos en España el año 1823.

Mina formaba parte de la Junta de clasificación de los emigrados, y sabía aquél por el mismo duque que á éstos no habían de satisfacer las pensiones que iban á señalárseles. Y como Mina no había de poder impedir la modestia de las pensiones, si bien es verdad que no se negó á prestar su ayuda personal, lo hizo con ciertas reservas aconsejadas por la prudencia. Además, hubo emigrados que pretendieron certificados de grados y empleos que no habían tenido. De los emigrados había españoles y extranjeros; circunstancia que complicaba el arreglo ó señalamiento de pensiones. De todo lo que puede deducirse que Mina, de una situación penosa en España, había pasado á otra que lo era también en Inglaterra. A este propósito hace Juana la consideración siguiente: «Súpose que Mina no quería solicitar recursos del Gobierno británico. Sabía la fría indiferencia con que ese Gobierno vió las desgracias de nuestra patria en los años 1814 y 1823, cuando había sido España el baluarte que le sirvió para defenderse de la ambición de Napoleón.»

Mina, como siempre, resaltaba en él el patriotismo.

En Inglaterra, como en España, había un partido político de oposición, aunque con diferencias esenciales entre los dos países. Ese partido de oposición inició suscripciones secretas para reunir cantidades que fueron puestas á disposición de Mina para su uso particular. El Dr. Bowring fué el intermediario con él para entregarle, pocas veces, las cantidades indispensables al sustento y representación que tenía Mina, cantidades que guardaban en depósito banqueros principales. Un día hubo, el año 1830, que llegó á saber Juana que entre los donantes los había de los más distinguidos ingleses, algunos de la Familia Real. Nótese cómo Mina, que salió para la emigración habiendo des-

empeñado en la milicia cargos principalísimos; que estuvo solicitado para adherirse á la causa de Fernando VII, en unión con el duque de Angulema; que rechazó esa inteligencia por considerarla antipatriótica, y prefirió sufrir privaciones muy duras. Por lo mismo que la salud de Mina dejaba mucho que desear, y el reposo que le estaba aconsejado era sustituido por la actividad sutil, rodeada de disgustos que afectaban á la moral de la persona, con detrimento de un físico quebrantado.

Mina no tenía sólo que atender á los emigrados, si que también á su familia, que por serlo de Mina estaba perseguida. También sucedía que por ser caudillo de la emigración, aun queriendo, no pudo fijar su residencia en un pueblo, y tuvo que residir en la capital de Inglaterra, con ser la vida muy cara. Con esto, y por ello, tenía Mina que estar en contacto con prisioneros de los depósitos franceses, españoles perseguidos por la ira de la justicia ó por la ciega pasión, que sólo se satisface con daño del prójimo. Agradecidos á Mina hubo muchos; pero ¡también los hubo ingratos! No hay que olvidar que había entre los emigrados aventureros políticos, quienes, mezclándose con los verdaderos patriotas, explotaban la situación precaria de no pocos en provecho propio, y mancillaban la causa de muchos ciudadanos que se prestaban gustosos á ser víctimas de la patria, de la libertad, de cuanto es honroso defender. De los aventureros políticos los había de todos matices, que se encubrían, llamándose unos milicianos, otros libreros arruinados, otros subordinados que fueron del general Mina. Tampoco se podía desatender fácilmente á ningún emigrado, habiéndolos virtuosos; y esto tenía que ser objeto de una minuciosa investigación, de algunos días de trabajo y de constantes cuidados.

Con estos acontecimientos coincidía la persecución que sufría el caudal del padre de Juana, y, por consiguiente, de ésta.

A Vega se exigió devolver una multa de 6.000 duros por estar procesado el año 1814 por su participación en la política liberal. Por decreto de las Cortes la multa fué devuelta. A prevención de acontecimientos incalculables por el momento, los bienes del padre de Juana, en forma solemne y legal, pasaron á ser de la exclusiva pertenencia de su hija única; mas los Tribunales les obligaron á prescindir de la donación, los apremios de familia fueron en aumento, los emigrados eran de día en día mayores en número, los obsequios á Mina érale imposible, por lo menos inevitable, rehusarlos. Se trataba de distinguidas personas que querían ver honrada su mesa con la presencia del general Mina, quien era invitado en compañía de su esposa á los bailes y á toda clase de reuniones. Ellas obligaban á gastos aristocráticos, pero que daban representación favorable en los conflictos de la emigración.

La fisonomía y presencia general de Mina en la buena sociedad le favorecían, oyendo Juana: *Parece un inglés*; cuando la imaginación inglesa, fantaseando, se había formado la idea de otro tipo muy diferente, el del español, olvidándose de que no hay regla sin excepción.

Mina, en parte su esposa, al mismo tiempo que atendían á la sociedad inglesa, á los muchos incidentes que surgían con los emigrados, á la curación

de aquél, á la revolución que latía en Portugal, á la activa correspondencia que se había de sostener con los comprometidos en España, se decidió la formación de una Junta de emigrados ilustres, formándola, con el carácter de consejeros, Argüelles, Gil de la Cuadra y Valdés. El secreto había que guardarlo; difícil tenerlo, siendo entre muchos. La calumnia se ensañaba hasta el punto de imputar á Mina que estaba de acuerdo con la Santa Alianza. Este, obligado por la herida de su pierna, tuvo que ir á Bath, por mandato del médico Cooper. Mina logró casi la total mejoría; casi, porque con el tiempo se vió que la fatal herida era incurable, y de ello se percató bien Juana, atenta como estaba á la falta de salud de su esposo. Por ésta el matrimonio Mina tuvo que trasladarse á Plymouth, donde, como en Bath, las atenciones fueron generales y muy expresivas, entre ellas las del eminente político lord Grey.

Del año 1824 al 1830, por mucho que se diga, se citará siempre poco de las peripecias, sinsabores y compromisos arriesgados que hubo en la emigración durante la estancia en Inglaterra.

El país hospitalario hubo que abandonarlo; estaba muy distante de España para que fuesen eficaces los trabajos que hacía el bando liberal enfrente de los absolutistas; éstos enérgicos para acabar con la conspiración latente que ejecutaba el bando contrario. ¡Y qué ofuscación por ambas partes! Con menos impaciencia, los liberales habrían conseguido sin tanto esfuerzo su triunfo, por serles favorables las corrientes políticas en Europa. Con menos prejuicios, de los absolutistas podían haber aprendido á saber que la actividad social, el curso de las ideas políticas es imposible contenerlo. Los desheredados no habían de estar pasivos; la hueste que peleó por la independencia y por la libertad no había de avenirse á vivir sojuzgada á la autoridad despótica de gobernantes que querían borrar de la legislación española la Constitución de 1812. Entre esta fecha y la de 1830 habían sucedido tales acontecimientos que eran imborrables, y las consecuencias no podían ser otras que las que fueron, si bien abrumadas de torpezas lamentables, viéndose que, en general, los políticos, más que nada, viven al día. Llega la noche con una pesadilla política, y aparece la aurora con alguna sorpresa que es un desencanto.

No es posible abarcar en un artículo todo el contenido de la emigración, que puede decirse capitaneaban Mina y, en no poca parte, Juana.

La emigración á Francia fué un desengaño que hubo de contrarrestarse. Luis Felipe quiso representar en el trono de Francia las ideas liberales, que por ellas pudo elevarse al trono de San Luis. Por esto mismo encontró resistencia en la Corte de España á su reconocimiento de Rey de los franceses. Fernando VII es cierto que por su casamiento con María Cristina se sentía influido á favor de amortiguar enconos el año 1829. Pero la situación creada había de solucionarse entre Corte y Corte. Y la solución fué desfavorable á los emigrados, á cambio del reconocimiento de Luis Felipe, Rey. Por consiguiente, aquella tolerancia y aun simpatía inglesa fué sustituida por una persecución casi cruel contra Mina, contra Juana y contra todas las personas que fuesen más ó menos adictas al Código de Cádiz.

La traslación de Mina de Inglaterra á Francia coincidió con las negociaciones de los emigrados españoles con personajes como el Emperador del Brasil, el ministro Canning, Bolívar, el libertador de Colombia, Le Dieu, francés confidente de Luis Felipe. Coincidencia la hubo con aquel decreto que fué firmado por el ministro de la Guerra Zembrano, por el que se prohibía, bajo pena de la vida (nada menos), tener correspondencia con los emigrados, sin que sirviesen de excepción ni aun los más íntimos y tiernos vínculos sociales. Con razón ha dicho Juana: «¡A tanto arrastra á un Gobierno despótico el menosprecio de las leyes!» Sí; la soberbia humana, caso patológico, no quiere tener límites. Se empeña en conseguir lo que se propone, con tanto ejemplo en contrario como presenta la historia de la Humanidad. Habiendo tantas ruinas que pregonan la limitación de los Gobiernos en todos los continentes. Los Incas pertenecen á la Historia; igual sucede con la República de Venecia, etcétera, etc.

Del año 1831 es aquel convenio secreto por el que Mina contrajo con Luis Felipe compromisos que cuando han sido del dominio público ha sido verdaderamente en las *Memorias* de la condesa de Espoz y Mina.

Bayona y Burdeos fueron poblaciones donde se agitó en grado máximo la conspiración de los emigrados españoles, aunque con restricciones puestas por la política francesa. Abortadas la conjuración de Cádiz y la de la isla de León el año 1831, los conjurados salvados con vida se refugiaron en Francia, al amparo de Mina, que con su popularidad avasallaba los espíritus. De éstos, los más inquietos, ante la evidencia tenían que someterse, convencidos de que no se podía conspirar más ni mejor. Una prueba: la fracasada intentona de Marcoartú, Niard, Arvicien, siendo una de las víctimas la esposa de éste. En Francia, su Gobierno, al negar á Mina el pasaporte para trasladarse adonde tomase las aguas minerales, muy necesitadas para contener los estragos de sus padecimientos. Y para trasladarse á París tuvo Mina que hacerlo bajo nombre supuesto. Juana, con aquél, siguió la misma suerte aventurera. Si bien quedándose en Burdeos, acompañada de su padre, hasta que el esposo la llamó á París, adonde se dirigió con uno de los mejores amigos de su esposo, á quien podemos llamar el gran agitador español de los días en que lo era O'Connell en Inglaterra.

Sobre la policía vigilante de Espoz y Mina dice su esposa: «La policía no perdía de vista á Mina, ya fuese la francesa, ya la española, que, si no conseguían más que el desprecio de mi esposo, me tenían á mí en continua alarma.»

Efectivamente; ora fuese tomando el nombre de Saldanha sin saberlo éste, ora preparando un veneno puesto en una botella que estaba colocada entre otras de rico vino, se ponía en riesgo de muerte á Mina. Ello era que éste vivía sin precauciones; pero las adoptaba su esposa, que todas eran pocas, aun las más triviales. La zozobra era permanente. Llegado el año 1832 los emigrados pusieron sus esperanzas en una proyectada expedición portuguesa que organizaba el Emperador D. Pedro en Belle-Ile-sur-Mer. Creíase que si triunfaba la expedición en Portugal, favorecería la causa de los emigrados español-

les en Francia. Los empeños de éstos, capitaneados por Mina, se sostenían con gran actividad, á la vez que con toda suerte de precauciones, después que tuvo lugar «la desgracia del malhadado general Torrijos y de sus compañeros, que aumentaron el número de víctimas por ideas políticas». Lamentación de Juana.

Para otro artículo hemos de dejar la continuación de la triste y funesta historia de la emigración española; sus inmediatas y más lejanas consecuencias. Ahora basta considerar de cuán poco han servido tantos sacrificios en un período de veinticuatro años, período en el que no se han omitido intentos vanos, constancia estéril, ambiciones desenfrenadas, escándalos extraordinarios, juicios temerarios, fatalidades tristísimas, españolismos vituperables. Sobre todo personalismos, que, como se ha visto, sólo han servido para sembrar la discordia, cometer errores, algunos merecedores de la sanción penal; para escalar los primeros puestos españoles de todas las clases sociales y de todas las condiciones de caracteres, cuyos nombres han llegado á la Historia, donde el juicio imparcial ha visto vilipendio, escarnecida la justicia, profanado el decoro, puesta de venta en el mercado extranjero la personalidad jurídica de la nacionalidad española, la contradicción desprovista de ropaje, aun el más necesario para la honestidad.

Si doloroso es decirlo, aun es más dolorosa la realidad; más todavía, porque no se ve el propósito de la enmienda, ni se siente la impresión del castigo. Pues si es verdad que la educación política ha mejorado, no lo es menos que la impunidad prevalece en más casos de los que fuesen de desear.

Anselmo Fuentes.

DOS HERMANOS Y DOS ALMAS

(CUENTO)

El advenimiento de las dos criaturas al mundo causó la muerte á la madre, que rindió con ellos su último tributo á la vida, dejando realizada la hermosa misión de la maternidad.

El padre, que adoraba en la infeliz esposa, tras el golpe cruel que lo había separado de ella para siempre, se refugió en el cariño de sus dos hijos, concentrando todo su amor en ellos; y como si hubiera recibido de la muerta un postrero encargo, se dedicó con todo el celo amoroso de su paternal espíritu á velar por los dos huerfanitos, de tal modo que nunca tuvieron éstos por qué echar de menos la ausencia de su madre.

Desde los albores de la vida de ambos pudo observarse un contraste físico entre ellos extremadamente marcado, porque al par que el uno era contrahecho y pequeño, el otro era la criatura más bella que pudiera imaginarse dentro de la forma masculina. Así, pues, estos dos seres constituían una absoluta contradicción de la Naturaleza y de las afirmaciones científicas.

Como el padre era poderoso, con su riqueza hizo cuanto pudo para proporcionar á sus hijos todas las comodidades imaginables, y transcurrió el tiempo dulcemente para ellos, hasta que entraron en edad de comenzar su educación.

Por esa época pudo advertirse asimismo, por las tendencias respectivas, que si existía una gran disparidad física entre ellos, en el aspecto moral, en el alma, diferían inversamente aún de modo más extraordinario.

Cómo pudo la madre común llevarlos á un tiempo mismo en sus entrañas, y al igual darles su calor y su savia vitales, y que resultase tan opuesta la índole del uno á la del otro, es algo que nadie podrá explicar satisfactoriamente.

Dieron el nombre de Amado al que era bello, y al giboso el nombre de Jesús, nombres que ellos al cumplir los seis años mutuamente cambiaron, adoptando el de Príncipe, con que Jesús apellidó á su hermano por lo hermoso, y el de Aldaba, con que Amado regaló al pobre jorobado, y que se le antojó simbólico de contrahecho.

Desde entonces comenzó á revelarse la diferencia radical de aquellas dos almitas, pues mientras el menguado físicamente se complacía en enaltecer la belleza de su hermano, llamándole con el dictado elegante y cariñoso de Príncipe, éste le propinó á aquél un mote que si podía ser apropiado, no era ciertamente piadoso.

Transcurrieron algunos años.

Un día jugaban ambos en las cercanías de su casa con *Leal*, su magnífico perro, tan noble é inteligente, que hacía las delicias no sólo de los dos hermanos, sino también las de los vecinos.

El manso animal, á causa de las violencias usadas contra él por Príncipe,

fué cobrando á éste una aversión y un miedo tales que huía de él al verlo. No sucedía lo mismo con Aldaba, quien, dulce y acariciador siempre para con el can amigo, se captó el cariño de éste, causando celos mal contenidos en el insano corazón de Príncipe, el cual, mientras más se obstinaba en jugar con el perro, más le huía éste. Viendo esto, interpretó lo que no era más que el instinto de propia conservación del animal como un desprecio á su linda persona, y todos sus malos sentimientos se revelaron de un modo odioso contra el inocente *Leal*, y en presencia de Aldaba y otros niños, asiéndole del cogote, trató de estrangularlo; y lo habría realizado á no ser porque Aldaba, indignado por la primera y única vez en su vida, se precipitó en ayuda del perro, el que pudo librarse de las manos de Príncipe en el momento en que un anciano pasaba por aquel lugar. *Leal*, enfurecido ya por las crueldades de Príncipe, que trataba de asirlo nuevamente, sin ver lo que mordía ni á quién, clavó sus dientes en una pierna del transeunte.

Éste, con el palo que llevaba, le castigó.

Ver Príncipe aquello y caer despiadadamente sobre el infeliz viejo todo fué uno; y con la misma ferocidad que un tigre clavara sus garras, así hincó él sus uñas en el rostro del anciano, desangrándolo; porque no le bastaban flagelaciones: era sed de sangre lo que sentía, y sus impulsos de venganza debía ejercerlos derramándola.

A no ser por su hermano Aldaba y por otros niños más que lograron arrancar de entre sus garras al indefenso anciano, habría concluído con su vida.

Al verse contenido por los demás, reducido á la inacción, gritaba colérico:

—¡Soltadme!... ¡Soltadme!... ¡Quiero que no vuelva á pegar á otro perro!

¡Qué transfiguración la del rostro de aquel niño! Todo rastro de belleza desapareció de él, y sólo quedó por un momento una expresión de ferocidad tal, que su hermano Aldaba, aterrorizado, no pudo menos de exclamar:

—¡Príncipe!... ¡Príncipe! ¿Eres tú?

Una lluvia de insultos fué la contestación de Príncipe.

Su padre llegó á la sazón, dando término á semejante escena, que había causado tanto daño al sensible corazón de Aldaba, que marcó una huella fatal en su existencia, pues para recobrase de sus tristes emociones tuvo que guardar cama muchos días, quedando su débil cuerpo desmedrado por largo tiempo.

Después del incidente del perro, en que intervino Aldaba noblemente, ni el estado lastimoso en que se encontraba éste á causa de su enfermedad, ni sus solicitudes para con Príncipe, pues, á pesar de todo, no le guardó rencor á éste, nada, nada fué bastante para que Príncipe abandonara la actitud odiosa en que se había encastillado respecto de su hermano, que, en verdad, él no se merecía.

Hasta el día del mencionado incidente Príncipe siempre, reconociendo la superioridad de alma de su deforme hermano, ó quizás obedeciendo á un sentimiento de natural conmiseración que hasta los seres más perversos suelen abrigar, había manifestado á Aldaba su cariño y consideración, y siempre oía sus consejos con sumisión, y hasta se los pedía así cuando se sentía con-

turbado por uno de los malos pensamientos que le asaltaban tan frecuentemente:

—Aldaba, hermano mío, dame tus consejos, préstame tu alma.

Cuando esto sucedía, el infeliz jorobado lloraba de gozo y derramaba desde su corazón al de su hermano un torrente de consejos puros, de palabras tiernas y amorosas.

Aldaba siempre trató de estar muy cerca de su hermano; y como si fuera su ángel bueno, cada vez que advertía en la expresión del semblante de Príncipe las inspiraciones perversas de su torcido espíritu se preparaba á aconsejarlo, y era entonces cuando Príncipe, adelantándose, pedía sus consejos con las frases de: «Aldaba, hermano mío, dame tus consejos, préstame tu alma»; frases que más tarde debía pronunciar él mismo en momentos terribles en que nada, ni los buenos consejos del pobre Aldaba, ni asimismo su alma grande y noble, podrían conjurar la tragedia, en la cual caería para siempre, como víctima propiciatoria, el bueno, el justo, el santo contrahecho.

Cuatro años transcurrieron, y Aldaba seguía tan menguado de salud como de cuerpo. Parecía como que se moría poco á poco. No logró dar un solo consejo á su descarriado hermano Príncipe, quien le huía de continuo, y no escatimaba la ocasión de demostrarle que le guardaría rencor y le odiaría por toda su vida, sin parar mientes en que esa resolución sería el principio de su fin.

Al ver á Aldaba no parecía sino que el término de su existencia se precipitaba: tal era su ruinoso aspecto físico. No así Príncipe, quien ostentaba una exuberante robustez y hermosura físicas tales que alejaban de él toda idea del no ser. Estaba cada vez más hermoso.

Cediendo á una ley natural, sus inclinaciones cambiaron, y, siempre descarriadas, se dió á enamorar sin respeto ni miramiento algunos á cuanta chica existía en el recinto, ocasionando serios disgustos á su padre por los excesos de su conducta.

En el pobre jorobado no pudo advertirse la transición de niño á hombre. No cambió de modo de ser.

Aquella era un alma nacida solamente para el bien, al que se dedicó, y sólo la inocencia imperaba en la naturaleza de aquel santo.

Nuevas fechorías de Príncipe llegaron al conocimiento de su padre, quien, ya exasperado, le castigó duramente. Tanta indignación causó en Príncipe el castigo que desertó de la casa paterna. No se le vió en todo el día.

Al anochecer, el padre, inquieto, preguntó á Aldaba:

—Jesús, ¿has visto á tu hermano?

La contestación de Aldaba fué negativa, rompiendo éste á llorar con amargo llanto.

El padre, conmovido, trató de llevar el consuelo á aquella pobre alma desolada. Todo fué en vano.

La tristeza que reinaba en el corazón del infortunado contrahecho era indescriptible, incurable.

El estado de sus nervios y el desconsuelo de su alma no le habían permitido cerrar los ojos por un solo instante la noche anterior, pensando constantemente en el encierro de su idolatrado Príncipe.

La nerviosidad del desgraciado Aldaba llegó á un extremo tal, que su padre, preocupado, le propuso salir por la ciudad en busca de Príncipe. Salieron; buscáronle por todas partes; pero todo fué inútil.

A hora muy avanzada regresaron á su casa, sumidos en la más grande desesperación.

Por fin, el cansancio rindió á ambos al sueño.

Apenas había transcurrido media hora después de esto cuando los ladridos de *Leal* despertaron á Aldaba, quien, sobresaltado y nervioso, se encaminó apresuradamente hacia la habitación de Príncipe, con la esperanza de encontrarlo ya allí; pero no estaba. Fué una nueva decepción para él.

Se volvió á su habitación. Sentíase tan fatigado de alma y de cuerpo que, al echarse de nuevo en la cama, se quedó dormido en seguida.

Iniciábase el amanecer, y un nuevo ruido despertó otra vez al jorobado; pero no fueron ya los ladridos de *Leal* lo que oyó, no: fué la voz de su hermano Príncipe, quien se le presentó demacrado, fatídico, con un puñal tinto en sangre en la diestra, y temblando con horribles convulsiones, le llamó angustiadamente:

—Aldaba, hermano mío, dame tus consejos, préstame tu alma.

El jorobado, presa de terrible estupor, exclamó:

—¿Tú aquí, Príncipe, y así? ¿Qué has hecho?... ¿Qué?... ¡Dime!... ¡Di!...

Fué en aquel momento cuando Príncipe pudo realizar toda la enormidad de su monstruosa infamia; y angustiado, en un raptó de desesperación y con la voz llena del temblor de los remordimientos, contestó:

—Forcé la puerta que comunicaba la habitación de nuestro padre, llegué á él, y... ¡ya ves!... Inspírame. Dame tus consejos; préstame tu alma.

Un rayo descargado sobre la cabeza del desventurado Aldaba no le habría confundido tan súbitamente.

El infeliz, al oír de su hermano la terrible confesión, horrorizado, cayó muerto.

.....
La aldaba no pudo por esta vez cerrar la puerta á las criminales inclinaciones de aquel desgraciado.

Antonio Galván.

ENGAÑOS DELICIOSOS

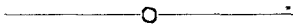
«Espérame en la *Fuente de la Mora*»,
me dijiste risueña aquella tarde;
y, de pueril constancia haciendo alarde,
te esperé inútilmente hora tras hora.

Llega luego la noche tentadora,
y el sol que antes ardía ya no arde...
«¡Que así mi loca dicha se retarde!»,
me grita el corazón, que ausencias llora.

Crüel al fin el desengaño vino,
y el dulce amor que enamorado espera
vió en tu falsía y tu traición su sino.

¡Crédula juventud! ¡Qué feliz fuera
si hoy volver pudiera á aquel camino,
y otra vez te esperara y te creyera!...

José María Matheu.



LAS BODAS DE LA PRINCESITA AZUL

La rubia princesita, ¡gentil princesa Azul!,
tenía entre sus manos el libro de «Raúl»;
de aquel buen caballero, león de bizarrias,
rendido con las damas, maestro en cortesías.
¡Era un festín de bodas!

¡El rey de Ladrabaco
casaba á la princesa con un duque polaco!
Salían del palacio rümore de violines,
y el libro la princesa leía en sus jardines.
De Azul el nombre tiene y azul es la princesa,
y azules son sus ojos, de azul de la turquesa;
de cielo es su carácter, rendido por las penas,
y azules son sus carnes, y azules son sus venas;
de nubes sus vestidos; sus joyas, esmeraldas;
doradas las guedejas que besan sus espaldas.

¡Huyó de los festines!

El rey le dió marido,
y al rey, la princesita, por rey ha obedecido.
Soñó la azul princesa con un conde italiano,
con un jarl de Noruega, con un dux veneciano.
¡Y el rey le dió marido! ¡Qué duro fué con ella!
Por eso la princesa lloraba su querella.
¡Es viejo y feo el duque!

¡Los humos del tabaco
dejaron carcomidos los dientes del polaco!
Es viejo y repugnante, y es frío y es brutal.
Y, torpe y lujurioso, su cuerpo de cristal
desea unos momentos; y quiere que lo venda
por joyas y brocados.

¡Fantástica prebenda!,
porque es la princesita indómita y crüel.
Llegó á ofrecerla un mundo de siervos en tropel,
y dijo: «Vuestras siervas compradlas en Argel,
que á mí no se me compra.»

¡Y fué vendida á él!
Traía de la Persia fantásticos turbantes,
y torres marfileñas en lomos de elefantes.
¡El rey fué seducido por furias de codicias!,
y el duque se aprovecha comprando las caricias.
Huyeron invitados, cesaron los festines,
y dió la obscura noche silencio á los jardines.
En brazos de sus damas va al lecho nupcial
la rubia princesita de labios de coral.
¡Y allí la dejan sola!

El gran duque polaco
en un salón contiguo rendía culto á Baco.
El quiere la bebida que sirva de excitante,
y brota de sus ojos el brillo repugnante.
Al lecho se dirige con ansias de borracho,
la boca contraída, champaña en el mostacho.
¡Parece un viejo tigre camino de la presa!
¡Al cuarto llega el duque!

¡Adiós mi azul princesa!

Hallaron muerto al duque naciendo el otro día;
el gran duque polaco murió de apoplejía.
También la princesita murió en esa jornada;
robándole sus sueños, su vida fué robada.
También después de muerta, ¡gentil princesa Azul!,
tenía entre sus manos el libro de «Raúl».

Un velo con las nubes tejido por las hadas
oculta desnudeces por bestias deshojadas.
¡Su rostro está cubierto con azulado tul!

.....
¡Así fueron las bodas de la princesa Azul!

DEDICATORIA

¡Me habéis pedido versos! Mirad antes, señora,
que no guardan encantos los versos del que llora.
Mis versos son muy tristes, mis versos hice aprisa.
¡Son cántigas de amores sin un beso de risa!
Mas ya que los pedisteis, mis versos os envío.
¡Son cántigas de amores! ¡Son llanto de rocío!

Alfonso Martínez de Ercilla.

EL PRESIDARIO

Yo no sé cómo fué aquello. Sólo sé que una mañana
me dijeron: «Si supieras lo que dicen de tu hermana...»
—¿Eh?... ¿Qué dicen?—clamé airado—. ¿Qué murmuran?... ¡Pronto!... ¡A ver!...
Y llegó quedo á mi oído, con acento cauteloso,
algo horrible, ¡muy horrible!, algo infame y afrentoso
que crispar hizo mis nervios y mi alma estremecer.

—¡Imposible!—rugí fiero—. Una niña era aún mi hermana,
con dos ojos como soles y el albor de la mañana
en su cara de azucena, candorosa y virginal.
Enterrados nuestros padres, su cariño era mi vida,
mi cariño era su anhelo, mi valor era su egida...
¡Oh inefable, casto y puro, dulce afecto fraternal!

¡Imposible que ella...!—A escape fui al molino. Entré temblando,
y en la huerta, junto al cauce, la encontré forcejeando,
defendiéndose llorosa de un canalla sin honor.
Era el amo de la aldea. Me arrojé sobre él furioso,
le apreté con fuerza el cuello..., y alocado y sudoroso
salí huyendo con mi hermana, mudos ambos de terror.

.....

Y purgando estoy mi crimen desde aquel aciago día
con el más crüel martirio, con la más lenta agonía
que sufrir pueden los hombres de este mundo en el vaivén.
Pero en medio de este ambiente que me asfixia y me envenena,
una voz oigo en mi pecho, gran alivio de mi pena,
que me dice dulcemente: «Vive en calma; hiciste bien.»

Julio Romero Garmendía.

(Del libro *Muestras literarias*, que aparecerá en breve.)



INFORMACIONES

Extranjera

El racionalismo latino

Cuando se creía que los disturbios paraguayos iban, por último, á terminar, he ahí que un nuevo antagonista viene á sostener la interminable guerra civil. El coronel Jara, que había permanecido á la expectativa mientras los contendientes anteriores se asesinaban, ahora que los radicales han vencido y tomado el mando del Gobierno en la capital, el intranquilo coronel pone en movimiento sus huestes contra el Gobierno constituido.

Pero todo esto es una fatalidad paraguaya, una ley de la Naturaleza que manda á los hombres revolucionarse, como dispone que las plantas tropicales crezcan furiosamente hasta formar selvas impenetrables. Una policía excepcional puede tener á raya los instintos del hombre paraguayo, como una vigilancia metódica puede impedir que la selva talada recupere su anárquica frondosidad; pero en cuanto la vigilancia desaparezca un poco los hombres volverán á la anarquía, y el campo talado se convertirá otra vez en selva. Quien haya vivido en países tropicales sabe de cierto la rapidez con que se forman estas malezas impenetrables, invencibles, desconcertadoras.

Hay una ley natural, y no vale contrariarla, porque sería empeño absurdo. El indígena americano es inepto para el uso de la civilización europea; sus instintos protestan contra nuestra razón de ser, y en cuanto se deja en libertad á esos instintos, la naturaleza recupera todo su imperio. Nosotros, los españoles, quisimos dar beligerancia á los indios, y hasta dispusimos gobernar con su colaboración. Les infundimos nuestro espíritu, nuestra habla, nuestros hábitos de gobierno, nuestra decencia europea. Pero ya se ve que nos hemos equivocado.

Nuestra equivocación en las Indias no está donde el mundo se figura. El mundo, con una precipitación que nunca podrá disculparse, nos acusó de exterminar á los indios. Pero no fué así. Nuestra equivocación estriba precisamente en no haber exterminado á los indios.

Pero el mundo, ó sea la Historia, comete muchos delitos de ese cariz. La Historia hace el elogio de los ingleses porque supieron tratar amorosamente á sus colonias. ¿Las trataron con amor, en efecto? Dentro de una moral filosófica muy sobada, puede admitirse la exactitud de ese amor. Los ingleses trataron á sus indios y salvajes como á seres inferiores, como á hermanos retrasados; los utilizaron del mejor modo posible, haciéndoles trabajar y dándoles vestidos, alguna biblia y buenos barriles de alcohol. No los mataron; pero tampoco hicieron nada para que vivieran. En los territorios tropicales, donde

el inglés no podía arraigar, dejaban que los indígenas se multiplicasen, porque así aumentaban las huestes que necesitaban los cañaverales y los cafetales; pero en aquellas tierras frías, templadas y vírgenes, aptas para el arraigo del hombre blanco, los ingleses expulsaron á los aborígenes y se instalaron ellos tranquilamente. Tal sucedió con Norteamérica, Nueva Zelandia, Sur de Australia y Sur de Africa.

El español, al contrario, desoyó las objeciones de la Naturaleza. Su racionalismo latino, su obediencia á la lógica, su sumisión al dos más dos, cuatro, le hizo admitir como razón incontrovertible que los hombres, como hijos de Dios, somos iguales, y que la tierra toda, hecha expresamente para el uso del hombre, debía poblarse por todos los hombres indistintamente. Así es como el español se obstinó en establecerse sobre las costas más insanas del mar Caribe y del golfo de Méjico, como si se tratase de las saludables y tónicas planicies de Castilla. Luego se obstinó en reconocer beligerancia á los indios, cruzándose con ellos. Les reconoció personalidad absoluta ante Dios y ante las leyes coloniales. La limitación en el reparto de derechos no era, si bien se mira, más que un efecto del prejuicio nobiliario. Si los españoles en Indias gozaban de mayores fueros, no obedecía su privilegio á un concepto de desigualdad *humana*, sino á un sentimiento de desigualdad hidalguesca. Los españoles, en fin, consideraban que los americanos eran tan hombres como ellos mismos. Hombres *conquistados*, pero hombres al fin. Los ingleses ya se ve que nunca han caído en la debilidad de suponer á los negros é indios tan hombres como ellos. Son subhombres, niños grandes, salvajes, semianimales, y nada más.

Los ingleses y los germanos son instintivamente fatalistas, deterministas. Yo creo que de eso les viene su famoso sentido práctico. Y al mismo tiempo son idealistas..., lo que produce en la mente de los latinos una rabiosa estupefacción. Y es verdad; no hay duda que son idealistas, con todo su inmenso sentido práctico.

Pero el latino es siempre un aristotélico. Guíase por la razón, cree en el libre albedrío absoluto, quiere resolver todos los problemas por teoremas lógicos. Francia, portaestandarte del latinismo, en cuanto pudo hacerlo, convirtió en diosa á la razón.

¿Será, pues, que la razón toma aspectos diferentes, según la consideren razas distintas? Desde luego se advierte que la lógica británica choca brutalmente con la lógica latina, del mismo modo que los procedimientos reflexivos de los yanquis levantan protestas en el lado de Europa.

Sin embargo, ningún pueblo, por obtuso que fuese ó por mucho que se someta al rigor de una lógica aristotélica, dejará alguna vez de considerar claramente la ley de la Naturaleza, la realidad del hecho, la lógica de la fatalidad, que es la lógica suprema. En determinados momentos los conquistadores españoles tuvieron la certeza de la inferioridad indígena, y trataron de exterminar al indio. En otra ocasión se promovió controversia para averiguar si los indios eran tan personas como nosotros y tenían un alma como la nuestra. Pero eso ocurría al principio, cuando el alma española vivía de sí misma,

obedeciendo á propios raciocinios. Después la razón latina hizo grandes progresos, y nos obligó á obedecerla.

Lo que vale decir que nos alejamos cada vez más de la Naturaleza, construyéndonos un tablado artificial hecho de silogismos racionalistas y aristotélicos, mezclados con vagorosos y decadentes sentimentalismos. Nos hemos incorporado de lleno al sistema de Rousseau. El cual, probablemente, cuanto más pensaba restituirse á la Naturaleza, más se alejaba de ella. Como que hacía de la Naturaleza un ente de razón, y de razón humana: investía á la Naturaleza de los mismos sentimientos que el hombre, y pretendiendo que el hombre fuese una imagen de la Naturaleza, hacía, al revés, que la Naturaleza se humanizara...

Pero la Naturaleza es otra cosa muy diferente. Es un algo fatal, ciego, rectilíneo, incontrovertible, arrollador, dominador, ni bueno ni malo, pero justo, infinitamente justo.

Cuando yo deseo personalizar á la Naturaleza, me acuerdo, no de Rousseau, ni mucho menos de Aristóteles, sino de los personajes de Esquilo: Prometeo, verbigracia, ó Edipo. Modernamente, la masa humana que más fuerte sensación de Naturaleza me da es la República yanqui. Su paso ciclópeo, su impulso hacia adelante, su sed de vida intensa, su violencia terminante, su alegría un poco trágica, todo eso es *Naturaleza*. Nosotros estamos estropeados, quizás para siempre, por la lógica aprendida sobre los libros.

José María Salaverría.

Buenos Aires, 1912.



Artística

Retratos antiguos

Al año siguiente de la sorpresa de Amiens por los españoles nació en el hogar modesto de unos comerciantes de aquella población un niño á quien sus padres hicieron poner en la pila bautismal el nombre de Vicente.

Verdadero prodigio de precocidad, manifestó desde los cinco años tal afición al estudio el mencionado niño, que sus parientes, creyendo caso de conciencia el darle una educación esmerada, enviáronle á París cuando en la antigua capital de la Picardía nada ó muy poco tuvieron los maestros que enseñarle.

En París vivió completamente obscurecido el joven picardo hasta que tuvo la suerte de conocer á M. A. Chandebonne, el cual se brindó á presentarle en el hotel de Rambouillet.

Recibido allí con cierta reserva á causa de su nacimiento modestísimo, en corto espacio de tiempo supo conquistar por sus bellos modales y frases ingeniosas á todos los asiduos visitantes de aquella casa, que no fueron extraños seguramente á la protección que concediera el hermano del Rey al juvenil poeta á poco de haber sido éste «regenerado»—según dice en una de sus cartas—por la marquesa de Rambouillet.

Estrechamente unido con Gastón de Orleáns desde entonces, siguió al Extranjero, vino después á Madrid por orden de S. A. en demanda de auxilios para combatir á Richelieu, y luego de haber visitado con idénticos fines á Montmorency, gobernador del Languedoc, y al duque de Lorena, entró en Francia formando parte del pequeño ejército reunido á costa de tantos afanes, y tan fácilmente derrotado por las tropas del Rey bajo los muros de Castelnau-dary.

Habiendo tornado á la corte en compañía de Gastón—que ya es sabido con cuántas humillaciones compró la indulgencia del gran cardenal—, consiguió Voiture la amistad del omnipotente ministro, sin otro trabajo que escribir unos versos donde se le elogiaba desmesuradamente con motivo de la reconquista de Corbie.

No hay que olvidar que el bueno del poeta, según lo testifican la mayoría de las cartas que se conservan de él, fué un verdadero maestro en las artes de la adulación y la lisonja. Sabía como ninguno decir cosas agradables á las mujeres, fingiendo á veces estar enamorado de una beldad para tener motivo de extremar sus hiperbólicas alabanzas de ella; sabía enderezar cumplidos á los hombres, comparándolos con los mayores héroes y sabios de la antigüedad y halagando con habilidad suprema todas sus vanidades.

No de otra manera se granjeó la protección del conde de Avreux, del cardenal de la Valette y de la misma marquesa de Rambouillet, que le proporcionaron excelentes empleos, merced á los cuales, en vez de ser un parásito infeliz ó de vivir pobremente, como la mayoría de los poetas sus contemporáneos, gozó la existencia de los grandes señores del siglo XVII.

Al final de su vida, esto es, cuando ya nada tuvo que pedir, ni pretender, ni solicitar, cuando ya hubo asegurado completamente su porvenir, mostróse bastante menos amable y discreto que anteriormente. En diversas ocasiones dejóse ver tal como era: vanidoso, egoísta, imprudente, descarado, burlón. Sus impertinencias acarrearónle algunos duelos, que aceptó con ánimo valeroso, y hubiera tenido mil disgustos más, si muchas de las personas á quienes molestó no hubiesen desdenado medirse con él.

Entonces fué cuando el héroe de Rocroy, refiriéndose á Voiture y á sus inconveniencias y *boutades*, dijo á varios amigos:

—Ciertamente que si ese hombre perteneciese á nuestra clase, nadie le podría aguantar.

Apreciación en la cual todos estuvieron conformes, particularmente el conde de Guiche y otros, víctimas de las bromas, á veces bastante pesadas, del escritor.

Por esta época también fué cuando Vicente improvisó ó, mejor dicho, fingió improvisar sus versos *Je pensais*, dedicados á la Reina.

Según se dice, paseando con S. M. en carruaje, adoptó cierto aire triste y meditabundo, á fin de excitar la curiosidad de Ana de Austria. Logrado esto, ella, naturalmente, le interrogó:

—¿En qué pensáis, señor de Voiture?

El poeta lanzó un suspiro, y luego, como si improvisara la contestación, dijo lentamente:

—Pienso que el hado propicio,
tras amargos sinsabores,
va á colmaros de favores,
de gloria y felicidad;
mas no equivaldrá esa dicha
á la de un amor sincero;
yo no lo diría, pero...
lo manda Su Majestad.

Pienso que el hijo de Venus,
por vos sujeto y vencido,
rindió sus armas corrido
al mirar vuestra beldad.
Ya no mata el rapazuelo,
á pesar de sus enojos...;
pero puede con los ojos
matar Vuestra Majestad.

Pienso (pues suele el poeta
pensar también desatinos)
que si por raros destinos
volviera en cuerpo y verdad
el buen duque de Buckingham,
tal vez el padre Vicente
no hallaría un penitente
como Vuestra Majestad.

El P. Vicente era el confesor de Ana de Austria. No dice la Historia de qué manera contestó la madre de Luis XIV; pero, como quiera que fuese, no debió de quedar muy satisfecha de Voiture.

Éste murió poco tiempo después, víctima del desdén que le inspiraban médicos y cirujanos.

Creía ser más sabio que todos ellos desde que había cortado unas calenturas á Mme. de Rambouillet por el procedimiento salvaje de asustarla soltando en su habitación un par de osos que con tal objeto había buscado. Estando enfermo de alguna gravedad, quiso curarse con un medicamento inadecuado, y su ignorancia le ocasionó la muerte.

Entonces fué cuando todos se apresuraron á reconocer el talento extraordinario y la gracia inimitable del poeta, y se imprimieron sus obras, aquellos versos y aquellas cartas tan estimados en los siglos XVII y XVIII como olvidados en la actualidad.

Bibliográfica

Obras completas de Menéndez y Pelayo.

Todos los ensayos ó intentos de europeización que por parte de las selecciones intelectuales de nuestra sociedad se han llevado á cabo dentro del dominio de la cultura ibérica, no han sido tan francos ni decididos que no hayan ido acompañados de ciertas dudas y vacilaciones. Estas dudas y estas vacilaciones han tenido en los últimos tiempos su cabal expresión en toda una literatura que podríamos calificar de autoexamen y autocrítica, en un conjunto de ensayos para desentrañar el *yo* más hondo de la raza y pesar y calcular sus grados de adaptabilidad al espíritu y al organismo de la cultura europea. Este movimiento, reflejo espontáneo del recelo y desconfianza del alma ibérica ante toda actitud de absorción dentro de lo europeo, ha sido fielmente, intensamente reflejado por algunos espíritus superiores que han levantado su voz de alerta en distintos puntos de la Península. Recordemos solamente á Ganivet, á nuestro Maragall, á Unamuno, hombres de aquellos que á su talento superior unen una sensibilidad espiritual afinadísima, capaz de llegar á percibir las más leves y profundas vibraciones del alma popular.

Dejando aparte sus exageraciones y paradojas, que muchas veces tienen puramente un valor de intensidad expresiva, la enseñanza de estos hombres nos ha hecho ver en el fondo del alma ibérica algo eminentemente irreductible, un elemento simple absolutamente insoluble en las aguas de la cultura europea; y no sólo eso nos han hecho ver, por más que no han acertado aún á definirlo: el nervio oculto de nuestra cultura indígena, de la única cultura posible desde el momento que á esta palabra, tan torcidamente por la mayoría, se le da su recto sentido, el sentido que le dió Herder, su inventor, esto es: revelación de la personalidad espiritual de un pueblo ó de un individuo. Y este valor original de nuestra cultura ó de nuestras culturas ibéricas no sólo da un sello original,

inconfundible á nuestras costumbres, á nuestras lenguas, á nuestro sentido religioso, á nuestro arte y á nuestra literatura, sino que, además, presta un matiz personal á nuestra más alta especulación mental, á nuestra ciencia, á nuestra erudición, á nuestra crítica. No sólo se revela la cultura ibérica en el contraste de un Goya ó de un Velázquez con los otros maestros de la pintura europea; de un Calderón, ó de un Verdaguer, ó de un Guerra Junqueiro con los primates de la poesía de los otros pueblos: el contraste se presenta con la misma viveza y tiene exactamente el mismo valor cuando confrontamos á un Menéndez y Pelayo con un Gastón París ó con cualquiera de los grandes romanistas alemanes.

¿En qué consiste esta esencial diferencia, cuando de erudición y crítica literaria se trata? Creemos que, en el fondo, consiste en lo mismo que separa tan profundamente á nuestros poetas y á nuestros artistas de los del resto de Europa. Hay en el fondo de la mentalidad ibérica, sea el que sea el dominio de su actividad, algo de adivinación, algo esencialmente intuitivo, un elemento dinámico, digámoslo así, que no procede por raciocinio, ni llega á la conclusión por las premisas, sino saltando por encima de ellas: un proceso por saltos, un instinto enorme y podríamos decir monstruoso que ahoga lo puramente racional. Por esto en España las erudiciones gigantescas, como la de Menéndez y Pelayo, hacen más bien el efecto de cosa ingénita que de cosa adquirida. No sólo es el poeta el que *nace* entre nosotros; es también el sabio y el erudito. Y nada más opuesto al carácter de la ciencia ibérica que aquella máxima de Buffon: «El genio es la paciencia.»

Pasan ahora por mi memoria las siluetas de distintas personalidades ilustres de la filología románica y de la historia literaria que he tenido ocasión de conocer personalmente ó por sus obras en mi estancia en Alemania. Siluetas venerandas de ancianos encorvados bajo el peso de su saber, llevando

impresas en sus ojos y en toda su figura las huellas de un trabajo titánico, los tormentos de un método torturador é implacable, el doloroso esfuerzo cotidiano de las vigiliass impuestas por una disciplina férrea: hijos del Trabajo, el dios supremo de las razas germánicas, hoy dominadoras del mundo. No hace mucho que leía en un fuerte pensador alemán estas frases, que hacen ver todo el abismo que nos separa de aquellas gentes: «¿Facultades? ¿Quién no las tiene? ¿Talento?... Juguete para los niños. Únicamente la gravedad hace al hombre; únicamente la aplicación produce el genio.»

Y al apartar los ojos de esas siluetas trágicas, de esos Sísifos infatigables empujando sin cesar montaña arriba el bloque de su saber enorme, me serena el espíritu reposar la vista en el retrato de nuestro Menéndez y Pelayo que precede al primer tomo de sus *Obras completas*. Sus ojos, que tantos secretos de la antigua alma ibérica han descubierto al través de polvorientos infolios y pergaminos, tienen una limpidez, una luminosidad, una serenidad dignas de los de un poeta. Su expresión y su actitud son las de un hombre á quien no embaraza el peso que lleva, por enorme que sea; y tras la barba venerable se insinúa la leve sonrisa beatífica de un privilegiado de los dioses.

Esto son, en el fondo, Menéndez y Pelayo y todos los más altos representantes de la ciencia ibérica: privilegiados de los dioses. La adoración á lo incógnito, á la intuición innata, al privilegio de la Naturaleza, ha sido siempre una de las notas distintivas de la cultura helenolatina, en contraposición á la adoración exclusiva que al Esfuerzo han profesado los bárbaros del Norte. La tierra ibérica ha heredado por completo la tradición mediterránea en este punto. Nada más opuesto al divino Aquiles, al guerrero invulnerable por un privilegio especial de los dioses, que el Robinson sajón, desamparado y luchando solo contra los elementos. La adoración al Talento, esta palabra que no pueden comprender los germánicos, al Talento, como pura expresión de un privilegio de la Naturaleza: he aquí uno de los cultos de la raza ibérica, que ve en él, no un juguete para los niños, como piensan los bárbaros civilizados del Norte, sino un don del cielo, un privilegio de los dioses. No es tampoco la

aplicación la que hace al genio; es el g mismo, es decir, un cierto *innato quid num* lo que únicamente hace el genio es el *credo* de la raza, que no tratamos de discutir.

La figura de Menéndez y Pelayo, con su multiforme erudición, con su limitada vida, con lo prodigioso y gigantesco de su conocimiento de las fuentes de la espiritualidad ibérica, es una expresión viva de este *credo*; porque por enorme que aparezca su trabajo y por tenaz que sea su aplicación, no es todo lo primordial que en él admiramos; es su talento, es su intuición, son sus facultades, ya reveladas de sencillo estudiante en las aulas universitarias, y que pasan cien codos por encima de su esfuerzo. Menéndez y Pelayo confirma una vez más que entre nosotros la ciencia y la erudición tendrán siempre un carácter de revelación ó de expresión de una individualidad; un valor subjetivo, como puede tenerlo el arte y la poesía, y que no podrá conciliarse de una manera completa con el carácter y valor objetivo é impersonal que exige la ciencia europea. Algo es esto que no puede formularse en palabras precisas, porque toca á la misma entraña de nuestra espiritualidad de raza.

Recuerdo que Jaime I, en su *Crónica*, cuenta en un pasaje que, estando en una población del reino de Valencia, los nobles que le acompañan le observan que nada podrán hacer sin poder disponer de máquinas de guerra, á lo que el Rey responde que tiene á su disposición lo que desean. El Rey, en secreto y con la mayor previsión que le caracterizaba, había hecho embarcar previamente dos *ferévolts* en una nave. Los caballeros le dijeron sonriendo que parecía que hubiese adivinado lo que habría de venir. Y el Rey observó graciosamente: *Mes val qui ho devina que qui ho cerca*.

¿No constituyen estas ingenuas palabras el lema de la intelectualidad ibérica? Sí: «más vale quien adivina que quien busca», parece empeñarse en repetir cada figura eminente que sale de entre nuestras filas ante la ciencia europea, que hace tiempo repite todo lo contrario: *Más vale quien busca que quien adivina*. ¿Quién tiene razón? Nosotros creemos que en lo concerniente á cultura todo es cuestión de intensidad más que de cualidad. El día que el valor ingénito de la cultura

...é intenso y trascenden-
...v una as-
...en que
...mar. La fase de la cul-
...a, determinada por el pre-
...árbaros civilizados del Nor-
...oria, como todas las fases de la
..., y no está destinada á durar eterna-
...Mientras tanto bueno es que no ceje-
...os en cultivar «el jardín de nuestra Bere-
nice», eso es, el jardín de nuestra cultura in-
génita, y tener calma y serenidad y un gran
sentimiento de dignidad y de confianza en
nosotros mismos, haciendo objeto de nuestro
culto ferviente á los hombres que, como Me-
néndez y Pelayo, tan hondo llevan marcado
el sello de esa cultura indígena.

Con las consideraciones que anteceden, sea
cual fuere su valor, he querido aportar mi
modesto homenaje al crítico ilustre de las
letras hispanas con ocasión de la aparición
del primer volumen de sus *Obras completas*.
Hermosa confirmación de todo lo que lleva-
mos dicho más arriba es este volumen, que
contiene en forma de prolegómenos á la *His-
toria de los heterodoxos españoles* una revi-
sión crítica, rebotante de erudición, de todo
cuanto se ha escrito sobre la prehistoria y la
historia primitiva de la civilización ibérica.
Constituye una sorpresa sin precedentes la
que nos ha dado el eximio maestro con este
salto prodigioso que su erudición acaba de
dar dentro del intrincado y obscuro dominio
de la prehistoria ibérica, escudriñando todos
sus aspectos mitológicos, lingüísticos, ar-
queológicos, étnicos, aportando un enorme
caudal bibliográfico, demostrando la lozanía
y la juventud de su claro entendimiento y
la flexibilidad portentosa de su erudición.
Ante una fuerza intelectual tan prodigiosa
no cabe pedir el secreto de su método, ni
preocuparse por la tenacidad de su discipli-
na, ni medir la intensidad del esfuerzo; cabe
solamente inclinarse sobrecogido como ante
el espectáculo de una fuerza de la Naturale-
za haciendo erupción por donde menos se es-
peraba y dejando en el mar sólidamente asen-
tada una nueva isla rica y frondosa. Hom-
bres como Menéndez y Pelayo hacen más
bien el efecto de magos que de trabajadores
infatigables. Cumplen á la perfección sus
arduas empresas con el rostro sonriente y la

actitud desembarazada de un caudillo homé-
rico entrando en la lid amparado por el es-
cudo y la lanza de Minerva.

Manuel de Montoliu.

El médico rural, por Felipe Trigo.

El gran novelista, después de dos años de
silencio dedicados por entero á un trabajo
minucioso y tenaz, acaba de publicar este
libro, en el que desde luego se advierte la
plena madurez de su talento.

Por el asunto, por la verdad asombrosa de
los episodios, por los múltiples rasgos de
fina observación, por la complejidad de los
caracteres, por el estilo mismo, *El médico
rural* es una de las mejores, si no la mejor
novela de tan fecundo autor.

La noble ilusión y el heroísmo con que un
médico joven é inteligente pretende, al lle-
gar á la aldea, conquistarse un prestigio y la
devoción de los lugareños; sus claudicacio-
nes sucesivas y las prevaricaciones en que
poco á poco le hacen caer los infinitos lazos
que le tienden la rutina y los vicios sociales,
están engarzados en esta novela con tal
maestría y con tan sugestiva amenidad, que
constituyen su principal mérito.

El médico rural aventaja á casi todas las
novelas contemporáneas en intensidad dra-
mática, en emoción y en interés, cualidades
que justifican el enorme éxito de tan exce-
lente obra.

Las obras de Maragall.

Han aparecido en las librerías los dos
primeros volúmenes de las *Obras completas*
de Juan Maragall: un tomo de poesías cata-
lanas, con prólogo del ilustre Ruyra, y otro
de escritos castellanos, con estudio prelimi-
nar de nuestro compañero Oliver. Para con-
signar de algún modo en estas páginas una
fecha literaria tan importante como la de la
aparición de las obras completas de Mara-
gall, ofrecemos un fragmento del estudio
expresado.

.....
«Y si esto en el campo religioso y social,

otro tanto en el patriótico. Acabo de releer sus trabajos periodísticos de 1898 y 99, y no podría expresar debidamente la profunda remoción de sentimientos que me ha producido la nueva lectura. Aquella angustia de los años fatales, aquella *Obsesión* de una época que se desmorona en lo pasado, aquella *Escuadra que va á Filipinas*, documentos y pintura admirables resultan ahora de un duelo ó depresión nacional que irradiaba desde Madrid, pero que se combinaba en Barcelona con presentimientos de la *Patria nueva*, ó hacía hablar á nuestro escritor de *El sentimiento catalanista*, ó le imponía el análisis de *El trágico conflicto* que llevaba en el alma, como el Estado español lo lleva en la Historia con la oposición mal resuelta de razas, lenguas y temperamentos. Entonces inflámase su estilo como de cierta calentura shakespiriana. *Aquí hay algo vivo* —dice por aquellas fechas— *gobernado por algo muerto; porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída á la tumba*. Y este caso terrible de parálisis lateral, de *hemiplejia*, inclínalo á volverse resueltamente hacia la parte que juzga viva, y se entrega al instinto catalán como á un recurso providencial y de repuesto, de salvación propia si nadie nos sigue, pero si España quiere, de salvación para España, á la cual saluda con aquel *Adeu!*, que es un grito dilacerante de despedida y como un desgarrar de algo muy íntimo y doloroso que se le quiebra en el corazón.

»Noble catalanismo el suyo, que dió conciencia de sí misma tantas veces á una fuerza que á sí misma se ignoraba, que se creía contenida en más estrechas fronteras que las que la limitan en realidad, que acaso no sabía cómo los estados sentimentales y las «afinidades electivas» son más poderosos que las ideas, llegando el día en que saltan por encima ellas y producen *L'alçament*, aquel alzamiento formidable por nuestro poeta descrito y entregado á la posteridad como Andrés Chénier describiera y eternizara la emoción del juego de pelota. Nadie como él supo llegar á la raíz de estos sentimientos primarios de la solidaridad nacional ó étnica, á las capas profundas en que duermen las inclinaciones del instinto hacia la patria efectiva, las cuales, cuando llegan los días tormentosos y de discordia, claman

en nosotros
dadera en
él respi-
Jorge!
ardiente de «la neta
blancas, rosas encarnad.
res, como si se hubieran nu-
y la sangre heroica de Catal-
á la tierra nativa llega á tener alg-
sual. Paladea su sabor en el sabor de
tas y en el agua de las fuentes; y por l-
laderas de nuestras montañas la mano del
poeta se complace una y otra vez en sacudir
las matas de juncia ó *ginesta* para que, como
un «incensario violento», desprendan de sí
sus ráfagas de turbación y patriótico espas-
mo, ni más ni menos que el amante suelta
y descompone, en su furia de amor, la cas-
cada olorosa de unos cabellos de oro.

»Y, sin embargo, este amor, grande y más poderoso que la muerte, no supone exclusión, ni negación, ni odio de otras relaciones históricas. La misma fuerza, siempre positiva y afirmativa, de las pasiones de Maragall llevábale al enlace, á la armonía y á la concordancia que como ley suprema imperaban en su regío espíritu. Después del *Adeu, Espanya!* venía *L'himne dels hispans*, así como después de *L'alçament* ó de *El trágico conflicto* venía el *Visca Espanya!*, y antes habían venido las *Reyals jornadas*, revelando y explicando la razón de una consecuencia aparente á los mismos que en ella cayeron por ignorancia del poder misterioso de ciertos prestigios, entre ellos el de la realeza, ó por excesiva confianza en la falsa lógica de las ideas y doctrinas *à priori*. Cuando él afirmaba su amor á Cataluña sobre todas las cosas, era porque sentía el imperio irresistible de este amor, benéfico y vital como todos los amores. Cuando hablaba del conflicto trágico que se debatía en su pecho, era sin fruición, con pesadumbre, y tratándolo como una fatalidad histórica no deseada ni buscada; bien así como un coloquio de esposos nobles y escogidos que lamentan la oposición de sus caracteres y, á medias palabras y con lágrimas contenidas, viendo inevitable el divorcio ó la separación, buscan en el recuerdo de las horas de felicidad ó en el de la prole inocente algo que todavía pueda reconciliarlos y unirlos en una obra y para una esperanza común.

Así resultó un gran catalán, y se convirtió al propio tiempo en gran español, sin doblez ni mental reserva, señalando á unos y otros en las lejanías de lo futuro esa obra y esperanza común de un gran imperio peninsular en que se diesen las manos, sin estorbarse ni ahogarse, las que él llamaba amorosamente todas las Españas.

»Y ahora, lector, penetra en la lectura de este volumen y de los que seguirán. Acompaña á Maragall á través de su obra, desde sus artículos de principiante, cuando obedecía todavía las indicaciones del director ó la distribución cotidiana del trabajo periodístico, hasta que la superioridad y preeminencia de su talento se imponen y pueden volar sin trabas. Entre 1892, en que publica sus primeros escritos, modestamente bibliográficos, y 1911, en que se despide su pluma con las hermosuras de *La vuelta al mar* ó la página desconcertante y estupenda de *Los vivos y los muertos*—puesto ya el oído sobre el muro tenebroso que nos separa del más allá, como queriendo adivinar á su través el rumor de las aguas eternas—, entre esos años se desarrolla una labor de publicista que pudiera constituir el orgullo de cualquier nación civilizada. Opúsculos de toda especie, prólogos alentadores para todo linaje de juventud literaria y toda procedencia doctrinal, necrologías para todos los ilustres desaparecidos de su tiempo, desde D. Mariano Aguiló á Zorrilla, desde el doctor Robert á Silvela y á Mafé; mensajes, ofrendas y saluciones en que, literalmente cuando, se convirtió en verbo de la paz, constituyen esta colección, varia y una á la vez, siempre diversa y movida en los accidentes, pero siempre fiel al canon de belleza y bondad que la regía.

»Recuérdese, como he dicho al principio, que él obró el milagro de vindicar espiritualmente á Cataluña, de ser un argumento vivo contra las diatribas y acusaciones de mediocridad ideal. Producto entrañable de este pueblo materializado y sin horizontes, creció hasta formar una de las cumbres ó sumidades de la espiritualidad moderna. Nacido en plena burguesía filisteá y sin elección, como suelen imaginarla los profesionales de la Bohemia artística, abrióse á todo de una flor de aristocratismo supremo. Venido en días de naturalismo y fiebre

positivista, se lanzó desde el primer momento á los espacios de lo metafísico y sobrenatural, de lo absoluto y eterno, así en sus versos como en sus prosas, y más todavía en estas últimas, que parecen conseguir la esfera superior y culminante de su vida moral.

»Y en cualquier dirección ó actividad en que le consideremos: en la región del arte, en el campo de la predicación social, en el palenque de las luchas políticas, en el peligroso cercado del patriotismo, en dondequiera, su irradiación personal y el atractivo indefinible del carácter, que es allí donde reside el hombre en sí mismo y se unifican todos los atributos y potencias del alma, difundieron auras de salud y sombra refrigerante y gratísima. Maragall es el primer idealista de nuestra generación, el único que lo fué con optimismo y de una manera completa, sin caer en el culto del odio, ni en la idolatría de la tristeza, ni en las voluptuosidades de la desesperación. Sus *Elogios* constituyen un legado de alegría y contento moral tan puro y más aun exento de liga utilitaria que los *Ensayos* de Emerson. En el gran cartulario de sus artículos vino á protocolizarse la leyenda áurea de las cosas más nobles de nuestra edad. Su exquisitez es todo lo contrario de cerebralismo y perversión, como su refinamiento no puede confundirse con la afectada preciosidad, atributo de las culturas envejecidas y escépticas. Es de los que van á la vida con toda la salud de las organizaciones ingenuas y vírgenes, no de los que vuelven con la corrupción y el desencanto en el alma. Sabe que la causa de Cataluña se llama Renacimiento, y, fiel á esta nominación, considera un crimen calumniarla con ineptas y postizas simulaciones de Decadencia, recortando flores del mal en viejos desperdicios extranjeros ó remedando burdamente las abyectas elegancias de Petronio, donde debiera presentarse como un Hércules juvenil, ansioso de gloria y cubierto con los despojos, todavía calientes, del león de Nemea.

»Pensemos que Maragall alienta aún entre nosotros, y que al doblar la esquina hemos de tener la grata sorpresa de su encuentro, con aquel continente digno y afable, y aquella tez suya aristocráticamente morena y surcada de venas sutiles, el cabello negro y

lustroso, los ojos claros, la voz débil y quebrada, la boca y la nariz anhelantes de más amplia respiración. Pensemos que nos contempla y vigila. Los hombres como él son porciones vivas de la patria, son los instrumentos providenciales de su mejora y renuevo. Llevan en la mente una especie de patria potencial que, tarde ó temprano, se resuelve en actuación; la Historia opera por su intermedio y con ayuda de su mano bendita.

»Claro que merecen trofeos, coronas, lápidas conmemorativas. Pero la ofrenda más

grata á los númenes de Maragall había de ser la que todo patriota y amante de lo bello le consagrara en la intimidad del corazón: la fidelidad á sus normas, la conformidad con su altísimo ejemplo, la incorporación de su espíritu vivificante á la letra muerta de los incumplidos deberes. Maragall no entendió regenerarnos y bautizarnos solamente en agua, sino más bien *en fuego y en Espíritu Santo*, según la fuerte expresión evangélica. Este fué el hombre; ahora que se levante le siga un pueblo digno de él.»

Libros recibidos

POESÍAS

Flor de mi senda.—Camilo C. Quindós.—Madrid, 1912.

Libro sin título.—Antonio Porras Márquez.—Madrid, 1912.

VARIOS

La vida íntima de Napoleón.—Arthur Levy.—Edición Nelson.—París.

Tesoro de la lengua castellana.—Tomo IX.—Julio Cejador y Franca.—Madrid, 1912.

Oasis de arte.—Z. Aurora Cáceres.—Garnier, hermanos.—París.

La verdadera cuna de Cristóbal Colón.—Doctor Constantino de Horta do.—Nueva York, 1912.

IX Congreso internacional de Agricultura.—Madrid, 1911.
